

LA VUELTA DE LOS DÍAS

Los cuadernos de la cordura La polvareda y la falacia

Guillermo Sucre

Este artículo de Guillermo Sucre es una respuesta al escándalo que suscitó en la prensa venezolana sus dos anteriores colaboraciones a Vuelta. Los comentarios que cita nuestro amigo —un escritor independiente, un crítico a la vez generoso y solitario— son muestra de una pobreza de espíritu de cuyo imperio nuestros países no parecen librarse. Poco podríamos añadir a lo dicho por Sucre en estas páginas, como no sea recordar a los maldicientes que la literatura venezolana ha recibido una atención particularmente constante en las páginas de Vuelta y que entre nuestros amigos de ese país, al que Adolfo Castañón dedicó unas páginas conmovedoras en nuestro número anterior, se cuentan no sólo uno de los fundadores de la revista —Alejandro Rossi— y dos miembros de nuestro Consejo de Colaboración —Juan Liscano y Guillermo Sucre, precisamente— sino muchos más que sería ocioso enumerar. Sin ellos Vuelta no sería lo que es.

No había nacido ni nacería el onagro con cuya piel pudiera hacer sonar su bombo en honor del autor el periodismo prostituido.

R. Darío

En abril y junio aparecieron en esta misma revista dos artículos míos. Al final del primero y en todo el segundo, aludí a cierta intelectualidad venezolana que, bajo los nombres de "Notables" y del

patricio "Frente Patriótico", se había erigido en una especie de superconciencia del país, mientras colaboraba con pública o secreta diligencia en los únicos golpes militares que se han producido en Venezuela desde 1962.

Ambos artículos fueron inmediatamente leídos aquí por numerosos suscriptores de *Vuelta*, y los ejemplares de esta revista que llegan a las librerías de Caracas se agotaron en pocos días. Además, mis artículos fueron fotocopiados y extensamente difundidos por grupos de escritores y por estudiantes universitarios. Desde el principio, los jóvenes de la revista *Criterion* me pidieron permiso —y lo pidieron también a México— para reproducirlos en un número ahora a punto de salir.

Esta versión de un modesto "samizdat" no dejó de sorprenderme. Así como me sorprendió la solidaridad —aun con reservas y objeciones— que me manifestaron los más diversos e insospechados lectores. A ninguno de ellos se le ocurrió pensar que mis artículos fueran políticos ni que obedecieran mucho menos a líneas partisanas, que nunca he tenido ni aceptaría. Cada quien los leyó en muy otro sentido.

Creo que fueron leídos como la réplica necesaria (¿esperada?) a quienes, diciéndose intelectuales, renunciaron a las ideas democráticas para sumarse a la conjura armada, y aun alentarla, sin importarles mucho las terribles consecuencias que esto podía y puede acarrearle

al país: la cadena de golpes, la violencia crónica, la devastadora agitación social.

Pero creo que fueron leídos sobre todo como la crítica intrínseca a una clase intelectual cuya imagen no nace profundamente de una obra que conmueva, válida por sí misma, sino que nace de la infatuación más desmedida, así como del abuso del tráfico de influencias a la sombra de una burocracia cultural del mismo Estado tan dispendiosa como cortesana (mientras se ha empobrecido a nuestra Educación), y del bombo que le presta cierta prensa amarillista, a la que sirve con esmero cómplice.

En pocas palabras, éstos fueron quizá los puntos neurálgicos que tocaron mis artículos. Y de ahí también su repercusión.

De pronto, se nos había revelado que el discurso de esa intelectualidad pomposa se asemeja demasiado al de una publicidad pervertida, al de unos medios de comunicación que rayan ya en la estupidez, si no en la ignominia; y —hélas!— que eran tan glorioso como el de las proclamas que difundieron los militares alzados en noviembre de 1992. Que la conjunción de estos factores pudiera llegar a ser nuestro destino venezolano —o sudamericano, como habría dicho Borges—, nos parecía un escarnio, sobre todo para las nuevas generaciones. Hubiéramos tenido que ser unos pusilánimes para aceptarlo.

Luego que escribí mis dos artículos, han ocurrido cambios radicales pero fluidos y pacíficos en el gobierno y, por tanto, en la política del país; la mejor prueba de que vivíamos y vivimos —aun con todos sus vicios y defectos— en un sistema democrático legítimo.

Y también la mejor prueba de que mis artículos no se reducían a una mera vocación polémica de mi parte —que, por otra parte, tampoco tengo—, es que aún hay lectores que los buscan y quieren conocerlos y discutirlos. Especialmente después de las páginas con resúmenes arteros, entrevistas, comentarios y cartas al Director que les ha endilgado *El Nacional*, ese diario con el cual ningún

otro rivaliza en la manipulación y en la insidia, y que es hoy en Venezuela el rey de la piratería.

En efecto, abusivamente, sin respetar nada, ni los derechos ni la decisión de un autor, con la arrogancia de quien cree que todo le es permitido, *El Nacional* desvirtuó la letra y el espíritu de mi primer artículo: lo mutiló y sólo reprodujo algunos de sus párrafos finales, entreverados de glosas, subtítulos y referencias documentales que no venían al caso. Ostensiblemente, lo que buscaba este cada vez más periodión era indisponerme con todo el mundo, rebajar mi artículo a esa maraña verbal y moral inextricable en la que sólo él sabe hilar con tanta soltura, y así neutralizarme. El tiro —como se dice— le salió por la culata. Con el resumen pirático de mi artículo, esa inefable familia humanística que son sus dueños pretendió dirigir y dirimir una polémica que me hiciera morder el polvo. Todo se le convirtió en una polvareda, y tras ésta reveló su faz la falacia.

De los entrevistados hubo por los menos tres que no sólo me apoyaron en lo esencial, sino que hablaron con mayor franqueza que yo, aun siendo colaboradores regulares de ese diario. Me refiero al novelista Salvador Garmendia, al historiador Elías Pinto Iturriza y al filósofo Fernando Rodríguez. De los articulistas de acerada garra de que suele disponer y echar a mano, hubo por lo menos uno, el joven ensayista Juan Santaella, que, aun opinándose no tanto a mí como a mis artículos, supo mostrarme a los demás que un debate, si es intelectual, no puede caer en el tremendismo ni traspasar las barreras infranqueables del rencor o del retorcimiento (in)humano. Así, pues, durante las dos semanas en que *El Nacional* desplegó su estrategia en torno a mis artículos, hubo tal afán de apabullarme o fue tal la maligna majadería en que incurrió, que hasta esto me resultó favorable. Aun sin haberme leído del todo o habiendo leído sólo el resumen pirático que publicó el propio periodión, los lectores se dieron cuenta del agavillamiento y de la burda maniobra. Dijo uno de ellos: es como si a una pandilla de matones de barrio se le encomienda propinarle una paliza a un paseante solitario.

¿Tendré que referirme a las opiniones del escogido *corps de garde* que me opuso *El Nacional*? Por más que pueda ser una tarea divertida, siempre he elu-

dido al pintoresquismo lastimoso y evitado las provocaciones. Así que apenas me conformo con enumerar algunos de sus argumentos que con más obsesión y obcecación se reiteraron.

Casi sin comentario alguno, los reproduzco ahora. Fueron los siguientes: "Este artículo no fue escrito por G. Sucre sino que le fue dictado por Octavio Paz, quien odia a Venezuela y a sus intelectuales. *Es antipatriótico que G. Sucre viaje a México (donde nunca he estado) y declare allí contra "la venezolanidad". *¿Cómo puede prosperar la literatura venezolana, si G. Sucre se dedica a desprestigiarla en el extranjero? *Eso artículos no son más que un viejo pleito personal entre G. Sucre y Juan Liscano (lo que éste desmintió, por no sentirse aludido en ellos). *¿Cómo G. Sucre ataca a Juan Liscano, "paradigma" de virtudes, "portador de espadas y rocío", mientras elogia a Rómulo Gallegos y a Teresa de la Parra, "quienes fueron protegidos del despiadado gomecismo"? G. Sucre habla de la virilidad y de Albert Camus: que se lean las memorias de María Casares para que se sepa cuál fue la virilidad de Camus (ni siquiera esta supuesta y "petite canaille" pudo faltar).

Los argumentos que fielmente he expuesto, parecen más que alarmantes por la sandez: revelan una especie de gelatina mental, si no también de alma, impropia de intelectuales. Si los tomamos (para muestra basta un botón) como signo de una *inteligencia* venezolana, es evidente que ésta no existiría y que, como dije en mi primer artículo, lo que florece en nuestro país es el stalinismo cultural, con sus cultos fetichistas, y sus intimidaciones e intolerancias. En todo caso, nunca en Venezuela se había llevado a tal exacerbación el patriotismo más grosero. Las declaraciones de Juan Liscano son la mejor prueba de ello.

El Nacional culminó su gran manipulación con una entrevista muy solemne a Juan Liscano, casi dedicada a mí. En ella, Liscano nos recuerda cuánto ha escrito sobre las relaciones tormentosas entre literatura y espiritualidad (así se titula su ensayo más famoso), se declara inclinado a la mística y al cultivo del Tao, y convoca a la fraternidad entre los artistas (supongo que ahora excluyéndome a mí y a quienes me han dado su apoyo). Sólo que a un tiempo confiesa que sí estaba por las "soluciones de fuerza" y de esta explicación insólita: "ya que

los recursos legales estaban dominados por el gobierno". Aun cree que la violencia será necesaria en el futuro, si el país no logra reformarse seriamente. ¿Admonición y amenaza? No en vano, él es el cabecilla del patricio "Frente Patriótico", uno de los grupos conspirativos más díscolos que hemos conocido en Venezuela.

Al distorsionar cuanto digo en mis artículos, Liscano trata además de arrinconarlos como si fueran un ataque a la literatura venezolana actual, cuyo valor sólo mi "negatividad" me impide apreciar. De nuevo, la insidia y la mala fe: buscar desesperadamente contra mí el gregario respaldo y la complicidad de cuanto literato y escribiente haya en nuestro país. Otra vez el tiro salió por la culata: los verdaderos escritores resintieron el esguince y ese afán de seducción que, con frecuencia, resulta tan vulgar.

Mi trato con la literatura venezolana no ha podido ser más claro y lo he expresado sinceramente en todo lo que he escrito sobre ella, y desde ella. Así que la *otra inteligencia* me conoce bien y sabe que nunca he practicado el rastrero halago —ese mal que tanto ha corrompido la vida misma de los venezolanos. Ha corrompido hasta lo que Liscano llama la fraternidad entre los artistas. Tachar el nombre de un escritor que nos adversaba y poner, en su lugar, el de un Ministro, ¿es un acto de fraternidad? Fue lo que Liscano hizo en su libro *Tiempo desandado*, que le publicó el Ministerio de Educación en 1964.

Ahora la fraternidad que invoca Liscano parece tender a la virulencia y a la execración. En un recuadro de la entrevista que le desplegó *El Nacional* ("Liscano por Juan Liscano"), escribe: "De testo a esos escritores venezolanos que sólo pueden hablar de los poetas franceses, anglosajones o hispanoamericanos (el subrayado es mío), y nunca de un venezolano contemporáneo".

Resulta casi increíble que un espíritu cuya amplitud y universalidad siempre le he reconocido, sea capaz de escribir esto con tanto desenfado. ¿Será sólo un desliz en medio de un rapto polémico? Sospecho que se trata de algo más oscuramente dislocado y profundo: el nacionalismo fanático que, luego de las conjuras militares, políticas e intelectuales, ha hecho presa en nuestro país.

Julio 31, 1993

□

Carta de Madrid Filípica

Blas Matamoro

Las pasadas elecciones españolas, las que ganó el PSOE por cuarta vez consecutiva, mostraron, casi con efecto de espejo, hasta qué punto vivimos en una España filípica, en la España de Felipe González. Es la primera ocasión, desde 1982, en que los socialistas corrieron un riesgo real de derrota: por primera vez, en diez años, tenían una oposición real, con infulas y con instrumentos de ganadores.

Lo más curioso, sin embargo, no fue esta excepción que los socialistas reconvirtieron en regla, sino aquel "efecto de espejo" filípico. La derecha presentó como candidato a José María Aznar, un político diez años menor que Felipe (o sea: que tiene, ahora, la edad de Felipe cuando accedió al gobierno) y que se ha esforzado por imitar su vocabulario, sus gestos y hasta su vestuario (traje de lunes a viernes, ropa sport los fines de semana). El discurso de renovación, cambio y modernización con que los socialistas han "filipizado" España, fue tomado por Aznar y reprimado en clave apócrifa. El mensaje solapado de Aznar era, más o menos: "Votad a Felipe, pero, cuidado, el verdadero Felipe soy yo, Felipe González es un falso Felipe". Era como la historia de aquel sosias de Luis XIV que Dumas rebautizó Máscara de Hierro: no importa quién sea el auténtico rey, importa que los demás lo reconozcan como tal. Una vez más, funcionaba en España el tema cainita de los hermanos enemigos: Aznar reclamó, en vano, la legitimidad de la herencia frente al hermano usurpador, Felipe González.

Esta guerra de familia sirvió para explicar hasta qué punto, todavía, la derecha tradicional española, la que, quizás a regañadientes, sigue a Aznar, no pudiendo seguir a su arcaico predecesor (Manuel Fraga Iribarne, un antiguo ministro de Franco), aquella derecha, digo,

continúa creyéndose con derechos de precedencia sobre el poder. Es como si España fuera "naturalmente" un país de derechas (ítem más: taurófilo, católico, subpirenaico, ríjoso, rodomontista y no del todo limpio) y las izquierdas resultaran una suerte de injerto extranjerizante, artificial y quizás, hasta ligeramente infeccioso.

Razón de más, entonces, para resaltar la enorme imaginación política de Felipe: ha inventado el retrato-robot, el identi-kit, del Presidente de Gobierno español, tan preciso y eficaz que sus adversarios apenas si pueden copiarlo con fidelidad especular, sin poder hacer otra cosa, proponer un modelo alternativo.

En rigor, quien intentó este inteligente operativo fue Adolfo Suárez, en los comienzos de la transición. La derecha tradicional (lo que en España se conoce, popularmente, como la *derechona*), sabotó el proyecto e inhumó a Suárez, el mejor artesano de aquella movida transición. La *derechona* nunca votó las leyes que, con urgencia, hacían a la modernización de España: reforma fiscal, divorcio, despenalización del aborto, centros escolares, división de las finanzas entre Estado e Iglesia, siquiera la ley de pensiones no contributivas (jubilación de gente que no aportó a la Seguridad Social).

Ahora, en 1993, la renovación socialista se ha convertido en costumbre, cuando no en rutina. Basta que cambie el sintonía política (por ejemplo: la alcaldía *derechona* de Madrid) para advertir cuán "cruda" está todavía la derecha española para heredar la línea Suárez-Felipe.

La ventaja de Felipe sobre Suárez fue contar con un aparato de partido y con una correspondencia internacional (los socialistas europeos), cierta herencia

doctrinaria y la doble simpatía de los derrotados sobrevivientes de 1939, más los jóvenes devoradores de futuro de 1982. Felipe modernizó la izquierda española, durante el agitado Congreso XXVIII del PSOE, que borró de su vocabulario las invocaciones al marxismo. Con casi veinte años de retraso, la derecha está haciendo su modernización y sus ejercicios de "borramiento". Otro punto más a favor de la imaginación política de Felipe.

En estos diez años ha habido tiempo de acumular aciertos y errores. Todo partido en el gobierno se desgasta y paga el peaje de su permanencia. El poder tiende a la esclerosis y el corporatismo (no vale abundar en estos temas ante un lector mexicano) acumula escándalos financieros (no todos reales) y lentifica las respuestas, desarrolla personalismos (el de Felipe, el primero), estimula una omnipotencia nacida de la falta de una real opción opositora, acentúa lo dramático de las crisis económicas (la de 1982/1985) por no detallar el desconcierto de las economías industriales ante la caída productiva en países insospechables como Alemania y Japón.

Absurdo sería, de otra parte (tanto desde la indignación de izquierdas como desde la vergüenza de derechas) negar que la España de 1993 no es la de 1982, y dicho sea en términos de enfática mejoría. La renta nacional se ha triplicado, la educación, como la sanidad y las pensiones, se han universalizado, la cobertura del paro se ha duplicado, lo mismo que el conjunto de estudiantes, carreras y becas. Aburrido sería dar estadísticas sobre obras de infraestructura: carreteras, represas (la segunda más extensa de Europa está en Extremadura: la Serena), ferrocarriles, reurbanizaciones (Sevilla o Barcelona). Todo esto implica, además, un reparto de la renta a partir del Estado, significa, en concreto, el viejo y manoseado ideal de justicia distributiva. Esta sociedad, si exageramos, no es aquella sociedad. Se ha enriquecido, ha ensanchado sus posibilidades culturales, se ha cosmopolitizado, ha instaurado un Estado allí donde apenas si había tribus, clanes y corporaciones. Por no mencionar pleitos históricos de España que sólo los socialistas han encarado con decisiones definitivas: la reconversión industrial, Rumasa, el desmantelamiento de la organización terrorista ETA, el ingreso en el Mercado Común Europeo. Felipe,

por su cuenta, es, quizás, el primer político europeo que ha producido España desde el Conde Duque de Olivares, en el siglo XVII. Nada de esto es poco, ni tampoco suficiente, pero así somos los animales humanos. Nos satisfacemos para seguir deseando.

Vuelvo al tema de las modernizaciones partidarias. En esto, Felipe y Aznar tienen tareas simétricas, por lo que vemos a Aznar convirtiéndose en la sombra de Felipe, como si éste la hubiera perdido (¿recuerdan la leyenda alemana que recogió Chamisso?). Aznar, con algunos cuadros de primera fila (Rato, Alvarez Cascos, Gortázar, Celia Villalobos) intenta hacer una derecha laica, liberal, de modelo thatcheriano. Detrás tiene el residuo del caciquismo franquista y el Opus Dei, el cual, obviamente, obedece a sus propias fidelidades ¿Le sirve todo este aparato? Me temo que no.

Felipe cuenta con una dicotomía parecida. Su partido acredita un sector renovador (Serra, Borrell, Solchaga) que intenta adecuarse a la actual sociedad donde las clases son muy difusas y se impone una organización multiclassista para gobernar y para administrar una economía que cada vez produce menos puestos de trabajo en la industria y exige "inventar" nuevas profesiones en el sector servicios para colocar jóvenes destinados a traducir el ocio y el paro en actividad social. Pero hay, también, un sector tradicional del partido (Guerra, Rodríguez Ibarra, Benegas) que insiste en un discurso sansculottista, populista y reivindicativo, más acorde con el obrerismo socialista del siglo XIX. Es el sector que controla el aparato y que ha obtenido brillantes resultados electorales en el País Vasco, Andalucía y Extremadura. Tan importante es esta actitud chulesca y desafiante que la ha copiado el partido popular con Javier Arenas, que reproduce el populismo rodomontista de Guerra en clave de señorito andaluz.

Felipe, aunque inclinado, por mentalidad, al sector renovador, ha de hacer equilibrios para mantener la cohesión partidaria y ofrecer un frente unido al adversario. No obstante, el aparato le proporciona dolores de cabeza, por cierta arrogancia en el gobierno, y la denuncia de corrupción que, no obstante su hipocresía por parte de una derecha tan corrupta como sus denuncias, ha logrado cierta repercusión en los medios. En cualquier caso, todo el que quiera ganar

elecciones en España debe apuntar a las clases medias y a los trabajadores especializados, es decir a conjuntos sociales que no tienen compromisos doctrinarios demasiado definidos. A cambio de ello, debe ofrecer una gestión eficaz y lo más transparente posible. Sabemos, desde luego, que lo posible en política es un fenómeno estético y no científico.

En España, como complemento, existe una división entre derecha central y local (vascos y catalanes) que, de momento, ha sabido manejar el PSOE y ha escapado de las manos a los "populares". El asunto de la corrupción no ha dado rentas. Cabe preguntarse si la sociedad se ha reconocido tan corrupta como sus dirigentes, o si ha desdeñado el tema por irrelevante o ha preferido la seguridad ante la crisis, reconociendo la solvencia de los socialistas para salir del atolladero de 1993, como salieron del atolladero de 1982.

Los socialistas han ganado unas elecciones para las que, aparentemente, estaban mal preparados y carentes de respuesta. Dos años de campaña de los medios, la oposición de los sindicatos obreros y las organizaciones patronales, la crisis económica, los ataques ideológicos de la izquierda y la derecha, todo anunciaba que se habían convertido en los indeseables de España. Felipe, en una de sus actitudes rápidas y habilidosas, logró dar vuelta el paniqueo en el aire, reproduciendo una escena clásica: la del torero que se queda solo ante el peligro. La derecha es noble, voluminosa y torpe, como un toro. Felipe es frágil, vistoso y astuto, como un matador. De momento, ha dado de nuevo con la puntilla en la testuz del animal. Y, en el peor de los casos, se apunta una carrera de catorce años al frente del gobierno, tantos como Roosevelt o Thatcher. En una Europa donde el socialismo declina visiblemente, su triunfo adquiere un brillo peculiar.

Estas elecciones, con su alto índice de participación y el hundimiento de los extremistas (la ultraderecha ha desaparecido del todo y la ETA ha bajado su representación parlamentaria a la mitad) han significado, contra toda indicación, un refuerzo a la profesión del político. Parecía que los discursos dominantes eran enemigos de la política. Aznar, con su secretismo en cuanto a medidas de gobierno y sus requisitorias de corrupción generalizada, coincidió, inopinada-

mente, con el catastrofismo y la homilía contra la política como expresión del sistema, que venía de la izquierda. En medio de la campaña, el jefe de Izquierda Unida, Julio Anguita, sufrió un infarto. La víscera que está, justamente, a la izquierda del cuerpo, se partió, como había ocurrido, días antes, con su coalición, también dividida entre renovadores europeos y ortodoxos del stalinismo reconvertido en nacionalismo.

El panorama, pues, muestra, en cada partido, una dicotomía que matiza a los renovadores y a los tradicionalistas. En el centro, el modelo filípico, que nadie, hasta ahora, ha logrado invalidar. Este paradigma consagra a Felipe González, pero también lo convierte en una suerte de regente democrático de España, el cual, amado o detestado, parece insustituible. Y esto no es bueno para el sistema democrático en su conjunto. Por su destreza, rapidez de reflejos, imaginación política, encanto personal y valía internacional, Felipe merece el lugar que ocupa. Pero el hecho de perfilarse como único no es democrático. En la democracia, nadie es único.

Nos esperan, a corto plazo, tiempos deslucidos y, tal vez, revueltos. La crisis parece remitir de aquí a fines del 93. No obstante, la sensación de haberla remontado no se tendrá hasta 1995. Esto se desprende de los pronósticos de los sabios, que suelen ser revisables, a veces, dos y tres veces en un año. Europa no puede seguir compitiendo con el Suroeste asiático y los Estados Unidos si su economía, dependiente en materia energética, no se abarata de costos. Y esto exige sacrificios sociales que los sindicatos obreros no quieren avalar, de modo que cualquier política de ajuste, por más votos que tengan los dirigentes, provocará sacudones sociales. O nos resignamos a la marginación y al paro, o intentamos una nueva distribución del trabajo y hasta de la noción misma de trabajo. Aquí, con un esfuerzo de imaginación, los socialistas pueden tener, todavía, algo que decir. □

La escena política Fin de la economía presidencial

Jaime Sánchez Susarrey

En 1987, Gabriel Zaid reunió una serie de ensayos bajo el título *La economía presidencial*. La tesis fundamental era que el presidencialismo militar, diplomático y político que vivía México se había transformado en un presidencialismo económico. Zaid fijaba el mes de mayo de 1973 como la fecha de ese cambio; fue entonces cuando el presidente Echeverría afirmó que la política económica se manejaba en Los Pinos.

El presidencialismo económico tiene dos rasgos fundamentales: 1) el presidente interviene en ámbitos y decisiones que no le competen; 2) el sector paraestatal se expande de manera acelerada. Así, de 1970 a 1983 el empleo en el sector público aumentó 550%, mientras que en el privado lo hizo en un 26% y el número de empresas públicas pasó de 84 en 1970 a 845 en 1976 y 1 155 en 1982.

La economía presidencial está directamente vinculada con los gobiernos de Luis Echeverría y José López Portillo. El ciclo se inició con el nombramiento del segundo como secretario de Hacienda y culminó nueve años después con la nacionalización de la banca. El espíritu de este período fue voluntarista e irresponsable. Las consecuencias no se hicieron esperar: incremento en el déficit fiscal, inflación, devaluaciones, excesivo endeudamiento externo y petrolización de la economía.

Echeverría consideraba que la economía era un campo donde se enfrentaban las políticas nacionalistas contra las neoliberales y estaba convencido de que la fuga de capitales en 1976, año en que devaluó la moneda, había sido una conspiración contra su gobierno. Poco después, en la cima del boom petrolero, López Portillo no tuvo empacho en advertir que había que prepararse para "administrar la abundancia".

Entre 1970 y 1982 se modificaron las reglas escritas y no escritas del sistema político; en particular las que regían las relaciones entre la Secretaría de Hacienda y la Presidencia de la República. Ortiz Mena, ministro de finanzas de López Mateos y de Díaz Ordaz, gozaba de una autonomía considerable. La gestión de la economía se consideraba el campo de los técnicos y no de los políticos. La contrapartida de esa división del trabajo era que el titular de Hacienda no podía aspirar a la presidencia de la República.

El desarrollo del presidencialismo económico tuvo cuatro momentos claves: 1973, año en que se confiscó la autonomía del sector financiero; 1976, por primera vez un ex secretario de Hacienda se convierte en presidente de la República; 1977, se crea la Secretaría de Programación y Presupuesto; 1982, el 1º de septiembre se decreta el control de cambios y la nacionalización de la banca.

Los cambios en la administración pública fueron el reconocimiento explícito de que las cosas ya no podían ser como antes y, además, fortalecieron el control del presidente sobre la política económica. Antes de que fuera destapado como candidato, López Portillo afirmó que el poder del secretario de Hacienda era tal que no se le debería permitir aspirar a la presidencia. Consecuente con esa lógica, ya como presidente, separó la función impositiva de la del ejercicio del gasto público.

Ese era el esquema perfecto para la economía presidencial: por una parte, debilitaba al secretario de Hacienda y, por la otra, dejaba al presidente como el único árbitro que podía dirimir el enfrentamiento entre la función de recaudar impuestos y la de asignar y ejercer el gasto público. El conflicto entre Hacienda y Programación era natural. Los

primeros en personificarlo fueron Carlos Tello y Rodolfo Moctezuma Cid. Un sexenio después, Salinas de Gortari se enfrentó con Silva Herzog. En ambos casos, la decisión presidencial fue el factor decisivo que inclinó la balanza en un sentido o en otro. El diseño institucional de López Portillo no buscaba crearle contrapesos al poder presidencial, sino todo lo contrario.

En esta forma, las actividades económicas perdieron el aura técnica que habían tenido hasta los años sesenta y se borró la distinción entre los políticos y los técnicos; paralelamente se reconoció el derecho de los titulares de Hacienda y Programación a aspirar a la presidencia de la República. No fue casual que De la Madrid y Salinas de Gortari ganaran la carrera a la presidencia desde la Secretaría de Programación.

¿FIN DE LA ECONOMÍA PRESIDENCIAL?

El desmantelamiento de la economía presidencial comenzó con el gobierno de Miguel de la Madrid: entre 1982 y 1988 se liquidaron 743 empresas públicas. La presión sobre las finanzas públicas se había vuelto insostenible. En 1981 el déficit fiscal alcanzó el 14.8% del PIB. La crisis de la deuda externa y la escasez de recursos no dejaba otra opción que depurar el sector público. Entre las empresas que controlaba el Estado había desde fábricas de bicicletas hasta restaurantes. A fines del sexenio, el sector paraestatal se había reducido pero seguía siendo muy importante en número (412 empresas) y en calidad (banca, teléfonos). Eso explica que — pese a los ajustes — en 1988 el déficit fiscal alcanzara el 12.97% del PIB.

El golpe definitivo al sector paraestatal ha sido obra de Salinas de Gortari. El número de empresas paraestatales se redujo aún más: entre 1988 y 1991 se liquidaron 197 empresas públicas. Pero lo más importante ha sido la privatización de empresas que se consideraban estratégicas, como la banca y teléfonos. No sólo eso. Desde un punto de vista institucional, la desaparición de la Secretaría de Programación y Presupuesto rompió el esquema que diseñó López Portillo. Hacienda recobró las funciones que había perdido y la política económica ha quedado sujeta a un solo mando.

La reforma para dotar de autonomía al

Banco de México va en el mismo sentido. No hay que olvidar que esa institución nació como una sociedad anónima y que fue López Portillo quien modificó su naturaleza; en el aquelarre de la nacionalización bancaria, fue transformada en un organismo descentralizado del propio gobierno. La intención de Calles al fundar el Banco Central era radicalmente distinta. En la iniciativa de 1925, redactada por Manuel Gómez Morín, se asentaba: "Hay efectivamente, en un banco controlado por el gobierno, el gravísimo peligro de que el interés político pueda predominar en un momento dado sobre el interés público". Ese es el espíritu que inspira a la nueva reforma. El objetivo es impedir que la política monetaria quede sujeta a las veleidades, los tiempos y los intereses del gobierno en turno. Se trata, en suma, de impedir que se repita la experiencia de Echeverría y López Portillo.

Se abre, consecuentemente, la posibilidad de que el secretario de Hacienda y el Banco de México funcionen como un contrapeso real al poder presidencial. ¿Se trata de un regreso al esquema de los años sesentas: a los técnicos la economía y a los políticos la política? Sólo el tiempo y la sucesión presidencial responderán esa pregunta.

CONTRA EL NEOLIBERALISMO

El fin de la economía presidencial ha encontrado, desde el sexenio pasado, enemigos acérrimos. Bajo el lema de oponerse a las políticas neoliberales se han forjado nuevas alianzas: la Corriente Democrática en 1987, el Frente Democrático Nacional en 1988 y el PRD en 1989. ¿Qué pueden tener en común los ex priistas con los comunistas, los trotskistas y la izquierda radical? El rechazo al "neoliberalismo". ¿Qué entienden por tal cosa? El desmantelamiento de la economía presidencial. La Corriente Democrática en sus orígenes no quería debilitar al PRI, ni romper su fusión con el gobierno de la República, y mucho menos fortalecer el sistema de partidos, el verdadero objetivo era abrir el juego de la sucesión presidencial para romper la continuidad. Su propósito era obligar al presidente de la Madrid a negociar al candidato. De ahí el "reclamo democrático". En último término, el objetivo era vetar al precandidato que mejor encarnaba la continuidad: Salinas de Gortari.

De haber tenido éxito, de haber sido designado Bartlett (o Del Mazo) candidato a la presidencia, lo más probable es que ni Cárdenas ni Muñoz Ledo hubieran abandonado el PRI.

La crítica de la izquierda amalgama dos cuestiones distintas: acusa al gobierno de la República de desmantelar la economía presidencial y de limitar el gasto social. La esencia del neoliberalismo, afirma, va en contra de los derechos sociales que ha conquistado el pueblo de México. Sin embargo, la gran apuesta de este régimen ha sido liquidar el sector paraestatal para orientar esos recursos a políticas de desarrollo social. En ese sentido, el propósito no es sólo controlar el déficit fiscal o abatir el endeudamiento externo e interno sino reorientar el gasto público. Ese fue el argumento que se esgrimió para privatizar empresas que operaban con números negros (banca, teléfonos), pero que demandaban una fuerte inversión para seguir operando o para modernizarse. La disyuntiva era invertir esos recursos en obras sociales o en empresas paraestatales. Se optó por lo primero. De ese modo, mientras que en 1988 el gasto social representaba el 32% del presupuesto, en 1992 aumentó al 51%.

El desmantelamiento de la economía presidencial ha sido muy positivo. Pese a las críticas de la izquierda, el debate sobre las políticas sociales ya no puede situarse en las antiguas coordenadas. En primer lugar, no tiene sentido confundir

la intervención económica del Estado (las empresas paraestatales) con políticas de bienestar social. En segundo, el verdadero problema está en cómo vincular los programas sociales con el fortalecimiento de otras instancias de gobierno (los gobiernos locales y municipales). En otras palabras, cómo hacer para que un programa como el de Solidaridad se descentralice y sirva para fortalecer el federalismo. Finalmente, otro asunto muy importante es el que se refiere a la reforma de las instituciones que tienen que ver con las políticas sociales. Ese sector incluye desde las universidades públicas hasta el Instituto Mexicano del Seguro Social. La cuestión no es sólo cómo generar más recursos sino cómo hacer para que operen con mayor eficacia.

¿Qué nos deparará el futuro? ¿Estamos ante un cambio irreversible? El talón de Aquiles de la reforma podría estar en el presidencialismo mismo. Mientras el poder ejecutivo no tenga contrapesos efectivos, tanto en el legislativo como en el judicial, siempre habrá la posibilidad de una marcha hacia atrás. Bastaría con que un presidente populista o neopopulista se instalara en Los Pinos para que la historia volviera a repetirse. El control de una mayoría compuesta en la Cámara de Diputados permitiría reformar la Constitución para abolir la autonomía del Banco de México o para desatar una fiebre estatizadora. Por el momento eso no es probable, pero tampoco es imposible. □

Las abuelas no se pierden

Carlos Castillo Peraza

Para Enrique Krauze

Elas son la voz mesurada de la historia, las músicas y las letras que nos muestran por qué misteriosos y complicados caminos llegamos a la sala de una casa aco-

gedora, a un barrio que nos creó el primer sentido de pertenencia, a una mesa poblada de ciertas viandas y determinadas frutas, al universo de aromas que nos acompañará el resto de la vida. Ellas son los frascos de loción antigua, las

conchas-nácar mezcladas con limón para mantener el cutis adolescente sin espinillas, los ritos reposados previos al dormir y el paso bien ritmado hacia el templo los días de las liturgias obligatorias y solemnes. Son también los guisos de la tribu familiar traducidos de libretas amarillentas en las que las recetas seculares se expresan en medidas incomprendibles para los nietos y en nombres de condimentos cuyos significados hay que ir a buscar al diccionario.

Las abuelas son los vestidos y los peinados de las fotos desgastadas por los años, los dedos, las risas y las lágrimas; las plegarias inolvidables, sencillas y arcaicas que resisten el oleaje de libros, universidades, escepticismos y racionalidades; son la mesa puesta como debe ser, el saludo que no se niega a nadie, la mirada que envuelve a los ojos. Por la abuela aprendí que vengo de donde se dice *escarpa* en lugar de *acera*, *fustán* y no *mediodía*, *sifa* y no *coladera*, *levántalo* y no *guárdalo*, *no me pienses* en vez de "no te preocupes por mí".

Gracias a ellas los momentos inmediatos anteriores al sueño infantil se llenaban de canciones, y las tardes —a la hora de sacar los sillones para "tomar el fresco" viendo pasar las calesas— de relatos. Por ellas aprendimos de dónde venimos sin que a ese pasado hecho de gozos y sufrimientos, de normas, axiomas y consejos se le atara un futuro fatal. Ellas nos pusieron en la ruta, pero no nos trazaron el sendero. Las abuelas son los vestidos de lino y los abanicos de sándalo, el jabón de olor y la mano conducida al agua o la piedra transfiguradas por la fe y de regreso a la frente aún sin estrías.

Ellas nos enseñaron el recuerdo y a recordar, las frases sapienciales y las normas inviolables, el juicio y la comprensión, la tradición y el guño, la dureza necesaria y la imprescindible ternura, los juegos sin juguetes, los versos del amor joven, los signos de la lluvia, el uso del tiempo en una época que pretende tener al tiempo de empleado, el ahorro y la generosidad, la diferencia entre la discreción y el secreto, la piedad y la compasión, el valor de la amistad y el sentido de la limosna, la riqueza de la tertulia y la inexistencia de la soledad.

Las abuelas son la miel de abeja, los vasos limpios, la urdimbre del *frivolité*, el sabor amable del dulce casero, el platillo confeccionado con lo que sobró de las comidas de la semana, todas las sillas

en torno de la misma mesa, los varones adultos a los que no se les permite olvidar el beso, los parientes lejanos que se acercan en las cartas escritas con letra inglesa o en caracteres a veces indescifrables, los velorios y los duelos, las gratitudes ancestrales que sobreviven a las barbaridades inmediatas, los sobrinos ubicados en el sitio preciso del árbol genealógico, cada quien en su casa y Dios en la de todos.

¿Quién sabe en qué rincón del planeta acabó deteniendo su nomadismo el hermano mayor de los primos segundos, con quién se casó, cuántos hijos tiene y cuándo fue la última vez que estuvo aquí? La abuela. ¿Quién recuerda los nombres de los testigos de la boda de la hija del socio perdido del tío abuelo, y si iban adecuadamente vestidos para la ceremonia? La abuela. ¿A quién se le pregunta si el apellido homónimo que salió en una escuela es realmente de alguien de la familia? A la abuela. ¿Quién recibe con entusiasmo al nieto cuando los papás quieren salir solos? La abuela. ¿Quién se queda sola cuando los jóvenes

deciden disfrutar las cosas de su tiempo? La abuela. ¿Quién va dejando vacíos los estantes y los cofrecillos para gusto de las hijas, las nueras y las nietas, hasta que sólo le quedan los aretes de su propio matrimonio y el anillo nupcial? La abuela. ¿Quién guarda en la cabeza el mapa íntegro de la diáspora? Ella.

Los hijos perdemos a las abuelas cuando nuestros vástagos están a punto de darnos nietos. Entonces empezamos a construir la memoria que les entregaremos a éstos. Estará hecha con lo que ellas nos dieron, más que con lo que nos legaron nuestros padres. Por eso los nietos "abuelean" incluso en los hervores adolescentes que los mueven hacia el asesinato de los progenitores. Los papás morimos. Los abuelos no. Las abuelas nunca se pierden. Ser padre, en nuestros tiempos, es algo que se parece demasiado a una técnica o a una destreza que hay que adquirir —de maestros, locutores, páginas, conferencias, psicólogos, charlatanes, sacerdotes y otros medios—; es un modo de actuar. Ser abuelo o abuela es un modo de ser. De ser para siempre. □

Dos voces mujeres

Adolfo Castañón

AQUÍ OTRA COSA: CORAL BRACHO

La poesía representa una de las tradiciones centrales de la cultura mexicana y en este último tercio del siglo XX ésta ha sido particularmente generosa por la variedad y profusión de estilos y prácticas con que nuestra lírica ha ensanchado y afirmado sus posibilidades, recursos y territorios. Dentro de este campo, una constelación singular la representa la poesía escrita por mujeres. Si bien esa lectura no plantea en modo alguno la identificación o la invención de un género literario autónomo, su invención puede ayudar al lector a comprender

mejor las diversas figuras en que se encauza la muy rica poesía mexicana contemporánea. ¿Cómo incluir en una sola clasificación retórica prácticas tan diversas como las de Elsa Cross, Coral Bracho, Isabel Quinonez, Gloria Gervitz, Pura López Colomé, Tedi López Mills, Silvia Tomasa Rivera, Verónica Volkow, María Baranda, Miriam Moscona, Carmen Leñero, Blanca Luz Pulido o Carmen Boullosa, para sólo mencionar algunos de los nombres que se reiteran en revistas y editoriales y entre los cuales sin duda se teje, al menos en parte, la trama de la continuidad y el cambio en la lírica mexicana de este prácticamente

pretérito fin de siglo? En algunas de estas voces el pasado literario cristaliza y se recapitula; en otras aflora un espíritu decidido de innovación de hábitos mentales y retóricos, una ruptura de esas costumbres y segundas naturalezas que suelen velar o aplazar la creación, la innovación. En virtud de un mundo distintivamente propio, de una original materia imaginaria, de la forma de sus enunciados y la substancia y aliento de su lenguaje, la obra de Coral Bracho se sitúa espontáneamente entre estas últimas figuras como un augurio singular tanto de las corrientes que trascienden y replantean el tema del sujeto, la identidad, las oposiciones personal/impersonal como de aquellas otras inteligencias —no sólo literarias sino también plásticas, artísticas y aun políticas— que ensayan una reformulación de los pactos culturales —es decir de los vocabularios, recursos y sintaxis que pautan el diálogo del hombre con la naturaleza. La exploración simétrica de este doble vínculo crítico entre lo (im)personal y lo natural ha distinguido desde su primer libro, *Peces de piel fugaz* (1977), a la poesía de Coral Bracho iluminándola con la fuerza de una visión del mundo y del lenguaje que encarna en (pero trasciende más allá de) los poemas mismos. El proyecto madura en *El ser que va a morir* (1981) y alcanza una definitiva plenitud en *Tierra de entraña ardiente* (1992), acaso su libro más ambicioso en términos de construcción y unidad y donde el lugar de cada uno de los poemas dentro del conjunto parece exigir del lector una atención tenaz para comprender el clamoroso enunciado representado por un libro que *humildemente* quisiera ser apenas el rótulo al pie de una obra pictórica, la de Irma Palacios, que, a su vez, sólo se plantea como una huella, retrato, facsímil fracturado de la tierra. Si hubiese que aislar en la poesía de Coral Bracho una palabra engendradora y matriz, ésta —tierra— sería una; la otra sería agua, con toda su cauda hirviente de voces líquidas, acuáticas, ondulantes y, entre ambas palabras, el territorio pulposo de los centros evasivos, de los bordes en que se da la transfiguración reordenadora de la luz en el tiempo y de la voz en el espacio. Así, el enunciado se da naturalmente como el curso líquido de la voz por la roca ignorada o bien olvidada en lo ya dicho.

Humus de los sentidos pulverizados, tierra que se hace aire y agua y que es

leve y blanda como aquella que nos cae en la sepultura, tierra que se hace fuego. tierra del sueño, territorio adelgazado de la conciencia que se filtra entre las grietas de una geografía incendiada, devorada por el hambre y la sed de unos sentidos marcados ya por la inolvidable golosina de la muerte, la sensualidad de Coral Bracho trasciende las determinaciones del empirismo y la subjetividad para afirmarse en un terreno —el de la palabra poética— de donde es difícil si no imposible erradicarla, ya que al dibujar en las paredes de la caverna platónica el espacio en que resplandecen las formas de su imaginación, aspira a inventar su propia luz, a crear la creación.

Una piedra agrietada en su interior puede ser un regalo inapreciable para el espíritu. Lo sabían, por ejemplo, aquellos maestros taoístas de la China Antigua, recordados por Roger Caillois, quienes eran capaces de realizar incursiones entre las grietas y cavernas diminutas de aquellas piedras en busca de las aguas de la eterna juventud o de los secretos guardados en el centro de la tierra. Lo sabe también Coral Bracho que en el compás de sus tres breves libros recogidos en este tomo deja constancia elocuente, descriptiva, de un viaje singular al centro de la tierra. Más acá de las fechas, antes de los nombres, ahí donde el espacio se hace líquido y se confunde con el tiempo, donde cae la máscara de los días y la carne del tiempo se confunde con las entrañas de la tierra, ahí donde el alma y el mundo celebran sus nupcias en la unidad fluida de las formas elementales y donde no parecen existir fronteras —ni siquiera entre los estados químicos. Pasiones, afectos, anécdotas, hechos, ademanes, han quedado en la otra orilla. La creación de Coral Bracho, la restitución radical que entraña su ardiente quehacer poético, pasa desde luego por un deshacer y remontar las cadenas que aman la cárcel del lenguaje y de la pobre experiencia convencional que atan, matan al ser. Esa es, si acaso, la única historia que es posible desprender de este itinerario que se abisma en la espiral vertiginosa de una gesta molecular, guiada por el deseo o el sueño de explorar los paisajes de la muerte o, al menos, de una conciencia que no se detiene en el guíñol de la psicología. Una gesta formulada en poemas que no crecen como árboles con un centro a partir del cual lanzarán su fronda

de versos, sino que más bien se propagan como enredaderas. Asistimos por ello al intento radical que define el grado de innovación de una obra: el de la invención o creación de un lenguaje. Un lenguaje elemental o de lo elemental y que ha de caracterizarse por la fuerza de imantación y gravitación que en él ejercen los sustantivos, lo sustantivo, y donde la descripción se da como una enumeración y el mejor adjetivo es otro sustantivo, el adverbio más oportuno otro verbo. De ahí entonces que este lenguaje progrese por cadencias, por armonías que se diluyen unas en otras y que reconoce en la disonancia el germen de nuevas simetrías. Una poesía donde el dibujo se fractura en beneficio del color y de la textura de la materia, una palabra elemental, sustantiva, *naturante* para invocar la distinción propuesta por el filósofo Spinoza. Palabra *naturante* y sustantiva, la de Coral Bracho invierte los términos tradicionales del enunciado, eclipsa al sujeto o, mejor, lo zambulle en la cascada de un acontecimiento que es pura percepción de la tierra viva de que están hechos en verdad y en profundidad tanto el ser humano como la tierra: de nuevo, *bumus*. Palabra de los ojos aparentemente cerrados al mundo y abiertos sólo a la creación, la de Coral Bracho desafía al solipsismo y el narcisismo para inscribirse en una historia poco explorada: la historia de la imaginación del paisaje, *la historia de la creación de la creación*. Esa aspiración radical, a la vez humilde y soberana, se constata en la sigilosa y eficaz creación de una música mental, de un movimiento a la vez excéntrico y orquestado que es el que da a cada uno de los tres ángulos de su obra publicada un aliento tan poderoso y peculiar. Junto con la de Gerardo Deniz y la de David Huerta, la poesía de Coral Bracho representa uno de los puntos de inflexión innovadora que pautan y orientan la lectura de la poesía mexicana contemporánea en la medida en que con ella aparece *aquí otra cosa*.

LA AURORA PERDURABLE DE ELSA CROSS

Canto Malabar y otros poemas reúne tres libros de Elsa Cross (1946): *Paisaje de fuego*, *Baniano* y el que da título al presente volumen.

Este conjunto es el libro más acabado y maduro entre los hasta ahora publi-

cados por la autora de *La Dama en la torre* y sin duda alguna uno de los más limpios y perfectos entre los producidos por la poesía mexicana del último tercio del siglo xx.

La plenitud de Elsa Cross es riqueza de índole diversa. Ante todo, reconocemos aquí la plenitud de una voz que conoce sus recursos hasta el punto de *olvidarse* en ellos y que ha llegado a encontrar un paisaje apropiado para el ejercicio de sus aptitudes y en el cual sus cuerdas sabrán resonar con nitidez. ¿Cómo no iba a ser digna de la más delicada invocación la vocación que ha sabido establecer un diálogo con sus propios poderes vocativos: ser digna de nombrar? La plenitud de Elsa Cross es la de un lenguaje, de un conjunto de recursos imaginarios y, al mismo tiempo, la de una sintaxis que sabe hacer pasar desapercibidas y prestar un aire espontáneo a materias y formas no exentas de la mayor complejidad.

Gracias a esa plenitud le es posible a la autora rondar un terreno definido por ciertas preguntas. ¿Cómo hablar de lo sagrado? ¿Cómo aproximarse a la belleza absoluta? ¿Cómo enunciar en términos reales una estética trascendental?

Caen la sílabas
como gotas de agua que resbalan
por la piedra
hacia el estanque.

En rigor esas insumisas, aparatosas cuestiones no caben, no tienen lugar, pues la poesía de Elsa Cross encarna y actualiza una superación de la ausencia de certeza, trasciende toda pregunta, cancela la posibilidad de una descripción del mundo que no sea al mismo tiempo autorretrato del alma y, así, se plantea ante la página y ante el lector como pura respuesta, necesaria réplica, desdoblamiento y correspondencia en el plano verbal de un mundo cuya consistencia y majestad quedan aseguradas por esta poesía. Monólogos, descripciones, invocaciones, los poemas de Elsa Cross encarnan un descubrimiento. Son el signo de un diálogo, pues este lenguaje de plenitud parece resituir el lenguaje perdido del alma en sus diálogos con su Señor, el coloquio desvanecido de la mente con las cosas. La referencia no es gratuita. Tonos, sintaxis, formas del enunciado y de la composición apuntan hacia un parentesco de la poesía de Elsa

Cross con la castellana de Fray Luis de León, y se despliega, latente y explícito, en el curso de este *Canto Malabar* y de los poemas que lo preludian en *Cantar de los cantares*, un paisaje del alma donde coros, diálogos y monólogos van pregonando el milagro del encuentro del alma con su Señor y de la verdad con el paisaje. Esta aptitud estética y trascendental para entonar las canciones de la unión guarda el poder de cautivar al lector, de ayudarlo a fingir en sí tal unión, de suspender su ánimo y purificarlo; guarda el poder de dejar huellas en su alma al sembrar en ella una música indisoluble de la imagen, atmósfera que es también disposición. Esa aptitud unitiva, esa fuerza de reconciliación que pone en práctica Elsa Cross en estos poemas escritos en la India, se cumple y trasciende en el plano del lenguaje operando también ahí una unión entre dos tradiciones —la oriental y la occidental, la castellana y la hindú. En la medida en que precisa articular letra por letra, raíz por raíz ambos linajes sólo sabría ser concebida como una operación radical, es decir creadora en el sentido poderoso de la palabra.

No es habitual encontrar en un poema la alegría sosegada que recorre *Canto Malabar* y otros poemas. Esa jubilosa paz ya está en el límite de lo personal; el alborozo del yo es saludado, secundado por el quieto clamor del mundo. En la órbita que describe ese diálogo hay un cenit —el Maestro para quien está escrito *Canto Malabar*— cuyo rostro se desvanece en el Paisaje, en la voz que los busca, en la ondulación de los versos que sigue tan estricta en la mente de del viento. Esa alegría participa del misterio e intentar comprenderla es ya, en cierto modo, empezar a buscarla. Es la alegría nacida de la certeza de que "El rey nunca muere" y que en Occidente y en Oriente está asociada al advenimiento de un heredero. En Occidente el heredero lo es de una ficción jurídica; en Oriente lo es de un teatro sagrado donde lo que está en juego no es la propiedad, el patrimonio material y el poder, sino el conocimiento y la comunión inmortal con el mundo.¹ "El rey nunca muere". La alegría infusa en *Canto Malabar* y otros poemas participa de

ese orden hereditario y ello explica ese urgente sentido de posesión y de indisoluble identificación con el mundo que exhalan estos versos donde nuevamente se actualiza en forma y fondo, en materia y expresión, el *Cantar de los cantares*, la canción de las canciones: la que acalla el lenguaje y exalta el silencio, la que narra y ensalza la búsqueda y su término, el despertar, el encuentro de un alma y de su maestro, la que celebra así la continuidad de la conciencia y del conocimiento en el mundo. "El rey nunca muere", porque ese encuentro no es ni puede ser más que el encuentro del mundo consigo mismo y representa, ni más ni menos, su salvación. En ese encuentro queda desde luego relegada, reducida en el mediodía a su mínima expresión la sombra del yo. Su mínima expresión es

esa escritura ciega
que traza designios de tu juego.

Esa escritura se complace en el movimiento lentísimo de las partes y miembros de la oración que, como un cuerpo, "llena el aire de signos" y va creando con sus "sellos invisibles" el espacio propicio para la aparición. Esa escritura suele iniciarse con un verbo y de hecho, palpita poderosamente bajo la piel de la frase en infinitivos e indicativos que dan discretamente su tono grave y germinal, terrestre, líquido y pétreo aquí, aéreo e igneo allá, a este libro por tantos motivos extraordinario.

Canto Malabar y otros poemas: un árbol sagrado al fondo del bosque, un poema extenso cuyos heraldos verticales son los poemas que lo preceden y que, para decirlo mejor, lo rodean y lo van aproximando en una serpiente de paisajes sucesivos y concéntricos. Paisaje, pasajes, estaciones, descansos, estrellas en la vía crucial de la cuesta délfica en la que no están ausentes, desde luego, ni la noche oscura ni el "triple de vapores inmundos" ni las agobiantes estancias donde "ella demora en los vinos más agrios, respira los aires más cerrados". Porque, desde luego, el bosque del árbol sagrado se extiende más allá del abismo, en un valle vigilado por precipicios que la voz por pudor sólo enuncia sin prestarse a enfáticas enumeraciones.

Entre la voz y su destreza, entre la palabra y el Nombre que busca, está el silencio.

¹ Norman O. Brown, *El cuerpo del amor*, Trad. E. L. Revol. Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1972. p. 110. Cap. V, "Persona".

Y dentro del silencio la voz,
la propia voz invocando qué potestad
(incierta).

No hay diferencia entre buscar y ser buscado, entre anhelar el camino de regreso y ser acechado, solicitado por el horizonte que precisamente sabe revelarse en la simetría de dos instantes decisivos: la aurora y el crepúsculo. Cuando el Maestro muere, el discípulo despierta y canta. Canta el *Canto Malabar*, la canción auroral de ese instante en que las llaves del día y de la noche coinciden y son, por un momento, una. Ese privilegiado y singular momento es el presente perpetuo en que discurre el poema. La alusión a Octavio Paz es inevitable pues existe una comunidad de fraseos y de paisajes, actitudes contemplativas y usos del sustantivo y de la adjetivación, entre la danza verbal de Elsa Cross y los movimientos inteligentes de *Ladera este* y *El mono gramático*. "El rey nunca muere", el conocimiento es inmortal. A medida que la vida del Maestro se extingue, la conciencia acecha, merodea y por fin salta sobre el discípulo envolviéndolo en la luz nueva de un amanecer incesante.

El bosque está pronto a devorar mis pasos

La aurora perdurable afecta en primer lugar a los sentidos que se yerguen bajo la piel como cuchillos agudísimos que se abren bajo las frases haciendo florecer a cada palabra desde la raíz hasta la exhalación de su más leve sombra asociativa sin perder la exactitud de ese "relato no lineal" que es al mismo tiempo un mapa. El misterio estriba en que la conciencia, ese conocer del conjunto con la complicidad del todo, se manifiesta en la persona del heredero a través de la voz, la inmemorial, la inmortal y singular virtud del poeta. La voz que es el instrumento por el cual pasa la herencia y el reino perdura. La voz que es el espacio en el cual se encuentran, como las palabras y el silencio, los vivos y los muertos, la amada y el amado, y que es, en definitiva, el espacio de la creación, del verbo. Instrumento de la memoria profunda y originaria, la otra voz —para evocar una vez más a Paz— dicta *Canto Malabar* y los otros poemas que lo rodean como los edificios de una ciudad encierran el Templo, el patio donde crece el árbol sagrado. Ahora, bajo su sombra, queda amparado el lector. □

Pies de loto

Hugo Diego Blanco

En 1884 Óscar Wilde, interesado en practicar "el más encantador de todos los placeres, el placer de contestar a los que le critican a uno", no dejó pasar por alto la opinión de una *señorita diplomada* con respecto al tema del vestido femenino. La polémica entre Wilde y la sensata dama animó corrosivas alusiones estéticas y anatómicas al mismo tiempo que engendraba incorruptibles teorías sobre la comodidad del corsé, la perfección de las enaguas y el juego exquisito de los vestidos flotantes. En una de sus conclusiones, la *señorita diplomada* dejó caer la siguiente tesis: "los tacones altos son necesarios a toda dama que quiere conservar su ropa limpia del barro estigio de nuestras calles". Si además del escritor dublinés hubiese participado en la discusión un pensador chino no es difícil imaginar que sus opiniones acerca de la *inhumanidad del vestido occidental* enseñarían a soportar el convincente extravío que supone cualquier moda. Los zapatos de tacón alto occidentales y los pies vendados de las chinas coinciden en la intención, murmura Lyn Yutang, de modificar el modo de caminar y la postura de las mujeres. Los pies pequeños, pequeñísimos, fueron durante varios siglos el agobiante sostén de un doloroso principio estético oriental. En el siglo X, durante la época de la dinastía Song, nació en China la costumbre de ceñir los pies de las niñas. Pearl S. Buck en unas páginas de su novela *Viento del Este, viento del Oeste* encierra los sentimientos y la desesperación que el culto a los pies lisiados podía provocar; Kwei-lan, una joven de alto rango casada con el hijo de un mandarín cuyo corazón había sido transformado en Occidente con la misma profundidad que él había estudiado medicina en Londres. "Desde que nos casamos —dijo el

marido de Kwei-lan— estoy deseando pedirme que te quites las vendas que comprimen tus pies. La salud de toda tu persona no debe sufrir. Mira, todos tus huesos se han deformado así. Con un lápiz dibujó, rápidamente, un horrible pie encogido." Sólo una mirada educada en Europa podía considerar feos los pies diminutos. En una relación escrita por Ordorico de Pordidone, un viajero que conoció secretos de amor en Constantinopla y Persia, en la India y Pekín antes de regresar a Padua en 1330, aparece descrito el vértigo y la tortura de los pies pequeños. Un misionero francés, en el siglo XVIII, observó que los diminutos pies obligaban a las mujeres a moverse con pasos tan cautelosos e inseguros que "provocaban una dolorosa sensación a un europeo". A Racinet, un historiador decimonónico, se preguntó por el origen de estas costumbres y las respuestas que imaginó nos hacen pensar en la inmolación que la educación confuciana hacía practicar a las mujeres como prueba de subordinación y en un principio religioso que no tenía remordimientos ante el dolor. Y es que el método empleado para la reducción de los pies era algo que se encontraba muy lejos del placer. Las hijas de los letrados y mandarines aceptaban desde su tierna infancia el vendaje a sus pies con la promesa de que algún día su marido elogiaría la belleza de sus pies diminutos. El ritual consistía en la cotidiana inmersión en agua casi hirviendo y el posterior vendaje. Los cuatro dedos pequeños firmemente apretados contra la planta del pie con unas cintas tensas tratadas con aceite de sorgo, mientras que el dedo gordo formaba la punta. Después de dar ocho vueltas a la venda los pies eran adornados con zapatos de seda bordada y cintas para los tobillos. Cuando en una

exposición universal realizada en París el siglo pasado fue expuesto el pie diseccionado de una mujer china, en los diarios de la época se aseguraba que las niñas orientales usaban zapatos de metal para que no les creciera el pie, otros afirmaban que las madres producían una lesión definitiva flexionando los dedos para después fracturarlos con una piedra. También se llegó a insinuar que los chinos eran capaces de quitar un hueso del pie con tal de mantenerlo pequeño. No sabemos que pensaría un chino si este siglo fuera expuesto en Pekín el cuerpo diseccionado de una mujer occidental que haya hecho uso del arsenal de técnicas de cirugía estética tan común en nuestros días.

Aunque el emperador Kangxi, de origen manchú, intentó erradicar la torturante costumbre, el gusto por los pies de loto continuó por varios siglos más. Según algunas crónicas todavía es posible hoy ver en Pekín los pies pequeños

de ancianas desmemoriadas. Hay quien dice que el temor de los chinos a la infidelidad los condujo a esos métodos y que ni los turcos ni los españoles han llegado a tanto. La pobreza y humildad de una mujer china se reflejaba transparentemente en el aspecto desarrollado de sus pies, un signo de vulgaridad que ni la hija de un comerciante consideraba digno enseñar. Los preceptos éticos que obligaban a las mujeres chinas de alto rango a dominar su imagen, semblante, miradas, palabras y gestos no se encuentran ausentes de aquella imposibilidad de caminar seguras. El dolor en los pies era un aturridor recuerdo de que los pasos son un sortilejo que esconde sueños y deseos. "Un kilo de perlas no vale lo que un kilo de arroz", dice un adagio chino que quiere ilustrar la esencia de la virtud femenina. ¿Pero qué valor puede tener la tortura y el dolor acumulado? □

cidos. Ahora que, sin ánimo de ofender, señor mío, ¿está usted de acuerdo en que esta poesía es harto difícil como para que la penetre quien no conozca a la perfección la lengua inglesa!

El hombre se quedó mirándome como si estuviera lejos de ahí y una bruma hiciera aun más difícil vernos de frente. Uno de sus ojos azules estaba cubierto por una catarata.

—Disculpe usted —acentuó con suficiencia sus vocales—, creo que no me he dado a entender. Lo dejo a usted con sus poemas; yo me refiero a otra cosa, al retrato, al retrato infelizmente que usted ha publicado del reverendo Donne —y el hombre señalaba con un dedo atroz salido del guante el medallón impreso a la cabeza de mi edición.

Era un retrato fechado en 1591 que representaba a Donne a los 18 años de edad. Razones de librero me habían llevado a pedirle a William Marshall que grabara para esta edición un retrato de juventud. Como impresor, considero que los poemas que el reverendo escribió antes de su ordenamiento, especialmente sus canciones, sonetos y elegías, son excitantes para el lector de ingenio. Quise evitar la venerable imagen religiosa de quien fuera diácono de la Catedral de San Pablo, e hice que el joven Donne dictara el espíritu del monumento desde la fachada. No hay pecado en ello. Mi intención era devota. Así lo demuestran los versos de Izaak Walton que hice grabar al pie del retrato:

Antes muerto que mudado

Jaime Moreno Villarreal

En el invierno de 1635 terminé de imprimir y puse a la venta la segunda edición de la poesía del reverendo John Donne. Me enorgullece haber participado en la fijación de muchos de esos poemas a partir de los manuscritos originales que Donne había hecho circular entre sus amistades en misivas y papelillos. Empecé a correr la voz de que por fin se hallaba al alcance la edición definitiva. A los pocos días, en medio de una nevada de enero, se presentó ante el mostrador de mi librería un anciano de origen español que pidió le mostrase un ejemplar. Lo puse en sus manos. El gabán raído, el acento extraño, los guantes rotos me hicieron desconfiar. Evidentemente, no se trataba de un comprador, ¿habría entrado para resguardarse? El viejo no se mostró interesado en la poesía;

abrió el volumen en la primera página y no posó los ojos más allá, hasta que me retó de frente.

—Vaya que han cuidado de destruir todo lo bueno que el original tenía —soltó en su inglés dudoso. No entendí por qué ponía en entredicho mi trabajo. Yo había cotejado con dedicación todas las versiones que tuve a mi alcance, y di a la luz un libro sin erratas.

—Señor mío, los poemas del padre Donne —contraataqué mientras abría entre mis dedos otro ejemplar— están tal cual salieron de su mano. No encontrará usted en los originales nada que falte en esta impresión. Es verdad que hay faltas de concordancia entre los manuscritos que circulan por ahí, porque son malas copias que los lectores íntimos borronearon para difundirlos entre sus cono-

Tal fuiste en la juventud: fuerza, alegría e ingenio que los seres temporales/ cuentan como su Edad Dorada; mas no era lo tuyo. / Lo tuyo vendría años después, tan purificado/ de la escoria juvenil, la alegría y el ingenio; cuando tu mente pura/ se dedicó (como los Ángeles) a la sola alabanza/ de tu Creador, en tus últimos y mejores días.

Testifiquelo este Libro (tu emblema) que comienza/ con Amor, mas termina con suspiros y llanto por el pecado.

Estos versos como sustentáculo de la imagen juvenil de un caballero con la mano en el pomo de la espada, compusieron un frente inmejorable para mi edición. Alguien en Londres sugirió de mala intención que yo vendería muy bien los poemas de amores y amorios con una justificación devota. Por un momento pensé que el anciano tuerto me repro-

dictaminar en asuntos de armería extranjera para la corte de la Reina Isabel, y me establecí en un gabinete donde por muchos años elaboré escudos para las nuevas casas burguesas de estas islas. Un día recibí la visita de un joven de dieciocho años, de nombre John Donne. Sepa usted que fui yo quien concibió el escudo y el lema que aparecen en su libro —y de un trago vació el vaso de cerveza—. Debo prevenirlo de que la reproducción de ese escudo está completamente fuera de lugar, y que eso tiene consecuencias.

Por el tono grave que había adoptado, me quedaba claro que el anciano no había venido a negociar una compensación monetaria. Quizá sólo quería transmitirme algún secreto de su oficio, quizá mi grabador había cometido alguna equivocación. Abrí mi ejemplar, miré el retrato. Había allí efectivamente un escudo heráldico que yo siempre había pasado por alto.

—Dígame entonces cuál debe de ser el lugar del escudo —le di cuerda para que recuperara el color.

—Ese escudo me fue encargado por John Donne hace más de cuarenta años. Era un joven de buenas maneras, hijo de un comerciante, que llevaba como todos los muchachos un pendiente en la oreja. Al conocer el motivo de su visita, podría haber predicho que más adelante se casaría en secreto con una hija de buena familia, como efectivamente lo hizo, pero nunca hubiera sospechado que se convertiría en vicario de Cristo. John Donne me explicó y me consultó llanamente sobre un asunto de amor. Quería un escudo secreto y un lema para transmitírselos a su amada...

—Permítame que le ofrezca otro vaso de cerveza —lo interrumpí. La historia me interesaba, y creí que por fin comprendería el motivo de tan inusual presencia en mi comercio. El anciano se achispó.

—Como le decía, Donne quería además un lema que acompañara igualmente al retrato que iba a regalarle a su querida; se desabotonó en mi presencia la casaca y extrajo de su pecho un pañuelo donde llevaba envuelta una delicadísima miniatura, de esas que intercambian los amantes en la corte y que guardan entre sus pertenencias más íntimas. El retrato era obra del inconfundible Nicholas Hilliard. ¡El retrato cuya copia defectuosa usted publicó en este libro! —el

anciano posó violentamente la mano mugrienta sobre las tapas de pergamino.

—Pero beba otro trago, señor mío —le acerqué el vaso a la mano para que la ocupara en otra cosa.

—Donne me pidió que blasonara, en el reverso del retrato, bajo la fecha y la edad que había calografiado Hilliard, un emblema de amor alusivo a un viaje próximo. A los pocos días él saldría en una expedición marítima, así que pensaba

regalar a su amada la miniatura junto con un poema como prendas de amor —al decir esto, el anciano sacó de su pecho un pliego cuidadosamente doblado—; ¡qué iba a saber yo entonces que ese poema era un poema de John Donne! Es una elegía que usted debe haber recogido en su libro: "Ten aquí mi retrato."

Claro. Busqué el poema en el volumen, él lo leyó en voz alta y yo cotejé mi edición de la Quinta Elegía de Donne:

Ten aquí mi retrato. Aunque me despidio,
Donde mi alma habita, en mi corazón, el tuyo habitará.
Se asemeja a mí, y si muero, se asemejará,
Cuando ambos sombras seamos, más entonces que ahora.
Cuando retorne, azotado por el temporal, con la mano
Enrudecida quizá por los remos o por el rayo de sol tostada,
Con cara y pecho vellosos, y canas de ansiedad
Eparcidas de una sola vez por la cabeza,
Con el cuerpo hecho un costal de quebrantados huesos,
Y en la piel las manchas violetas de la pólvora,
Si necios pretendientes te gravan por haber amado
A un hombre tan inmundo y ordinario como habré de parecer,
Mi retrato dirá lo que yo era, y tú dirás entonces:
¿Me alcanzan acaso sus heridas? ¿Se ha merchado mi valer?
¿O le han alcanzado el juicio de modo que ama ahora
menos lo que antes tanto amaba contemplar?
Lo que hubo en él de bello y delicado
Fue la leche que nutrió al amor primerizo que ha crecido
Con el vigor suficiente para alimentarse ahora
De lo que a gustos no habituados parecerá áspero.

Había ligeras variantes en mi versión, no todas felices por cierto. ¿Así que el anciano poseía, de puño y letra, una antigua versión de la elegía? ¿Era ése el menester que debía ocuparnos!

—Le aseguro, señor mío —de inmediato lo previne—, que un documento así tiene algún valor literario, pero si desea usted tasarlo comercialmente, no espere obtener mucho. Después de todo es sólo una copia que se suma a varios manuscritos conocidos. Si me permite revisarlo... —y el anciano puso el extraordinario documento en mis manos.

La caligrafía de Donne aparecía con rasgos de velocidad y de meditación, con las tachaduras y enmiendas exclusivas del momento de la creación. No se trataba de una de las copias que el propio poeta preparaba. Era innegablemente el original salido de su mano.

—No creo poder ofrecerle nada por el momento —me apresuré a desencantarlo—; quizás, si me lo deja, pueda yo enseñárselo a algún interesado.

—Antes muerto... —replicó el anciano en su lengua natal.

—¿Qué quiere usted decir, señor? —"Antes muerto que mudado" —completó el anciano—, léalo usted mismo: es el lema del blasón que ustedes han separado salvajemente del retrato y del escudo heráldico. John Donne acudió a mí porque buscaba un lema en mi lengua, y no había nadie más en Londres que pudiera confeccionarlo.

Lef el lema impreso en un listón. Su sentido me pareció oscuro. No ignoraba yo el gusto del reverendo diácono por la lengua castellana, ¿pero qué quería dar a entender con esa frase?, ¿y cuál era el juego que jugaba el anciano si no venía a venderme el manuscrito?

—Vea usted en el grabado —continuó— qué poco graciosa es la copia del perro en el escudo, que fue originalmente un lebril rampante sin collar, y que en el grabado ha quedado reducido a una especie de ardilla pelonera. Ese perro significaba la lealtad del caballero que volvería para ponerse a los pies de su señora, era el símbolo del retorno a toda costa, del amor fiel... —y así el anciano me comenzó a explicar el escudo

que había blasonado para John Donne, refiriéndose a la brisura en forma de *lambello* que indicaba el origen noble de su familia emparentada con la aristocracia galesa, al haz en la cima del casco que simboliza la unidad..., pero mi vista se perdía en su ojo enfermo y en mi mente no había lugar más que para esa frase enigmática: "Antes muerto que mudado."

Mientras el anciano hablaba, comencé a perderme en la carnosidad que no ocultaba totalmente el azul, ni oscuro ni claro, de su ojo, que quedaba oculto como un astro por una nube, un velo que describía una caída y un flujo, una vía láctea que definía una esfera, y comencé a soñar una imagen del cielo y del orden de las cosas en una larga cadena a través de la cual lo supremo y lo ínfimo tocarían sus extremos en armonía, y el hombre estaba colocado en una escala sobre otros hombres, y éstos sobre los animales, y éstos sobre las cosas inanimadas, y la tierra se encadenaba en lo alto con el aire y en lo bajo con el mar, y las criaturas marinas seguían una jerarquía hasta el fondo, y el cielo se poblaban de una escala ascendente de espíritus y ángeles, y los planetas se ordenaban entre sí hasta rozar el reino de los cielos, y el calor armonizaba con el frío, lo seco con la humedad, la luz con las tinieblas, lo más grande con lo más pequeño, y todo era creación del Señor y esta creación era inmutable, el universo antes muerto que mudado.

Y pensé en la imagen aterradora de la muerte y en el caos que el cambio traería sobre el orden universal. Las escaleras de los seres se vendrían abajo y volarían por los aires, cada uno iría a pertenecer a otro reino, el astro sol aparecería por el occidente o por el norte, los animales inferiores cazarían al hombre en manadas, los ángeles se desplomarían al mar y los peces respirarían por los aires, el éter se mancharía de tierra y los hielos perpetuos incendiarían las aguas, y no obstante: el universo antes muerto que mudado.

En esto estaba cuando el anciano terminó:

—Dice un refrán de mi tierra: "Mudar condición es a par de muerte", y yo lo creo así. John Donne me pidió un lema que no fuera claro ni oscuro, un lema *de anima*, que fuera el alma de su cuerpo. Es el alma de este joven caballero del retrato que teme ser esclavizado en

el viaje como galeote encadenado al remo y volver años después envejecido al lado de su amada, por lo que le jura: aunque regrese "Con cara y pecho vellorosos, y canas de ansiedad/ Esparcidas de una sola vez por la cabeza", *antes muerto que mudado*. Ese lema iba en el reverso de su imagen a la altura del corazón. Usted lo ha arrancado, le ha arrancado el alma al reverendo. Ha roto un pacto de amor en la tumba. Ha

mudado el alma de un hombre para su perdición. Ha atentado contra el orden. Ha profanado una tumba donde dos amantes yacen unidos.

El anciano tomó el manuscrito y lo dobló cuidadosamente. Yo me quedé con la sensación de no entender para qué había venido a decirme todo eso. A cambio de un par de vasos de cerveza, vaya. Él salió repuesto de la librería y se perdió en la nieve. □

Atril del melómano Ginastera a diez años de su muerte

Luis Ignacio Helguera

Cuentan que a Alberto Evaristo Ginastera Bossi (Buenos Aires, 11 de abril de 1916—Ginebra, 25 de junio de 1983) le divertía mucho que lo confundieran con un gerente o un alto ejecutivo, lo que solía pasarle por el aire empresarial que le daba ese porte como *diaghilevalesco*, su elegancia, su grande y obeso físico. Le gustaría acaso por el placer de esconder su genio musical; acaso porque algo quedara en su aspecto del título de perito mercantil que había obtenido para complacer a unos padres preocupados por su hijo inscrito desde los doce años en el Conservatorio y empeñado en dedicarse a la música. Otro motivo que podía propiciar la confusión era su notable desenvolvimiento en las relaciones públicas, las conexiones personales, la promoción y la difusión, que explotó no sólo para beneficio de su música sino para la de otros y para la educación musical de Argentina y Latinoamérica. Recuerda en esto la vocación promotora y expansiva de Carlos Chávez. Ambos recibieron críticas en sus países de parte de apresurados que evaluaron mal esfuerzos y empresas tan fundamentales como elevar el nivel de la cultura musical latinoamericana y difundir los valores propios en el extranjero. En carta fechada el 3 de abril de 1947, Ginastera

escribía a Chávez: "Al promover el conocimiento de los compositores americanos y al divulgar sus obras nosotros afianzamos en la conciencia de los públicos del continente la trascendencia del arte musical de América. Yo creo que ésta es la misión actual del artista americano". Doce años después, el 8 de septiembre de 1959, vuelve a escribirle: "En general y a excepción de muy pocos nombres los músicos de Latinoamérica son completamente desconocidos allí. Usted sabe que para Europa los únicos valores que cuentan son los europeos. Para que usted vea qué arraigada es esta posición le diré la definición que me hicieron cierta vez en Londres sobre la división del mundo. Para ellos existen: 1° The Islands (Inglaterra), 2° The Continent (Europa) y 3° Overseas (incluyendo a USA, la Antártida y todo lo demás). La opinión en otros países como Francia e Italia no es muy diferente en lo que a nosotros se refiere. Le confieso que no me resigno a ser solamente una parte de 'overseas'". (Puede verse: *Epistolario selecto de Carlos Chávez*, F. C. E.: México, 1989).

Esta falta de resignación llevó a Ginastera a componer en Argentina un digno contrapunto a la actividad infatigable y multifacética de Chávez en México:

sostuvo el programa radiofónico "Club de la música contemporánea", publicó crítica musical en la revista *Sur*, fue maestro precoz de talentos tan diversos como el gran renovador del tango, Astor Piazzolla, o Alcides Lanza y Gerardo Gandini; fundó y dirigió en 1962 el Centro Latinoamericano de Altos Estudios Musicales en el Instituto Torcuato di Tella; creó la carrera de Musicología en universidades argentinas; fue el director del Conservatorio Nacional... Justificó en fin con creces su definición de "compositor de fin de semana". El cambio de situación tuvo que esperar largamente la fama internacional del músico y también un viraje de circunstancias personales: en 1971 Ginastera se separó de Mercedes de Toro —la promotora de música argentina conocida como "Nata"—, con quien procreó un hijo y una hija, y se casó en segundas nupcias con la cellista Aurora Nátola, discípula destacada de Casals y viuda de un corredor de bolsa suizo. En la nueva residencia con Aurora, cerca del lago de Ginebra, aumentó considerablemente la producción cellística en la obra, más bien escasa, de Ginastera.

Su catálogo macizo y conciso, en efecto, conformado por unas 60 obras (entre ellas música para once películas y siete partituras para música de escena) revela la mano de un compositor exigente, riguroso, perfeccionista, más dado a corregir, refundir, ampliar, transcribir para diferentes dotaciones instrumentales, que a acumular, y todo lo contrario en esto al genio desordenado, caudaloso, compulsivo y desigual autor de más de 200 composiciones que fue Heitor Villa-Lobos. Encontramos así en el catálogo de Ginastera no sólo revisiones concienzudas del Cuarteto de cuerdas núm. 2 (1958 y 1968) o del espléndido Concerto para arpa y orquesta (1965 y 1968) y las consabidas versiones para piano de las danzas sinfónicas del famoso ballet gaucho *Estancia* (1941) o de la ingenua, melancólica y bellísima *Milonga* ("Canción del árbol del olvido"— de *Dos canciones* (1938), sino también experimentos más audaces como transportar el hermoso tema inicial, meditación de ardiente melancolía, de la *Pampeana* núm. 1 para violín y piano (1947) al cello con acompañamiento de arpa y desarrollar unas *Variaciones concertantes* para conjunto instrumental (1953); como arreglar, a sugerencia de Chávez (véase *Epistolario selecto de Carlos Chávez*,

pp. 842–847), el Cuarteto núm. 2 como *Concerto per corde* (1966) o desarrollar la *Cantata Bomarzo* (1964) como ópera homónima (1967). (Es una lástima que se monten y graben tan poco las tres violentas óperas ginasterianas, cuya temática gira alrededor de la angustia existencial, el sexo, el incesto, el parricidio: *Don Rodrigo* (1964), sobre libreto de Alejandro Casona; *Bomarzo*, (sobre textos de la novela homónima de Manuel Mujica Láinez; *Beatrix Cenci* (1971) sobre libreto de William Shand y del poeta recientemente fallecido Alberto Girri. *Bomarzo*, considerada una de las mayores óperas contemporáneas, fue prohibida en 1967 en Buenos Aires, por una puesta demasiado atrevida).

Ginastera mismo, de haber podido, se habría transcrito para diferentes dotaciones instrumentales, ampliado, corregido, como deja pensar esta confesión: "Me gustaría volver a ser Alberto Ginastera revisado por Alberto Ginastera". Desplante que ya sugiere la autocrítica, el rigor, el oficio característicos de su obra. Eduardo Mata dijo una vez a Juan Vicente Melo: "El mayor problema con que se enfrenta el compositor mexicano (latinoamericano) es el de la carencia de técnica. Chávez, Ginastera y (J. J.) Castro son figuras esporádicas, brotes aislados". (En: Juan Vicente Melo, *Notas sin música*, FCE: México, 1990; pp. 136–137). Y algo que habría que destacar sobre el dominio técnico de Ginastera es que la exploración de técnicas y lenguajes (neopresionismo, politonalidad, microtonalismo, serialismo, dodecafonía, procedimientos aleatorios) no derivó en las fórmulas y las experimentaciones huecas ni en la unilateralidad idiomática sino que, al revés, siempre adaptó las técnicas y los procedimientos a las necesidades expresivas. "Es ésta—escribió— la única manera como yo concibo la transformación de los principios técnicos: como una necesidad imperiosa y espiritual del impulso creador".

Otra característica interesante, destacada por la crítica, por ejemplo, por la pianista Barbara Nissman o el crítico Eduardo Storni (*Ginastera*, Espasa Calpe: Madrid, 1983, p. 116; libro que proporciona útil información de primera mano pero incurre en el nacionalismo y el panfleto sociológico más lamentables; mucho mejor es: Pola Suárez Urtubey, *Alberto Ginastera en 5 movimientos*,

Editorial Víctor Lerú: Argentina, 1972.), es que con todo y el uso de lenguajes avanzados hay en las composiciones de Ginastera un gran respeto por las estructuras clásicas, por los esquemas formales tradicionales. El propio compositor declaró: "Yo niego la denominación de 'arte de vanguardia' con la acepción de *arte nuevo*, moderno o contemporáneo. Es un calificativo *pour épater*. Los principios estéticos fueron siempre los mismos en su esencia a través de los siglos y la diferencia entre obras de arte de épocas distintas radica sencillamente en un problema de lenguaje". Si el "tradicionalismo" formal puede volver accesible la obra al público, el lenguaje moderno puede en cambio ser una barrera, pero será disuelta si la música posee lo que Ginastera llama "impacto emocional". Y en efecto, por poner ejemplos, a pesar de sus procedimientos dodecafónicos y politonales hay impacto emocional inmediato en los dos cuartetos de cuerdas y en la notable Sonata para piano núm. 1 (1952), de fuertes contrastes, incitantes sonoridades y ritmos enérgicos. El impacto emotivo está ligado en alguna medida al poder de inspiración, evocación o recreación folklórica, que no uso literal de material folklórico, de su música. Con razón hablaba Ginastera a este respecto de "folklore imaginario", pues no hay citas folklóricas en su música sino abstracción y sugestión de melodías y ritmos populares argentinos, y por un lado, como observa Storni, las complejidades rítmicas de la obra ginasteriana quedan a años luz de los ritmos nativos; por otro, como dice el excelente compositor catalán Xavier Montsalvatge, las alusiones populares nunca le hacen perder a Ginastera su originalidad, su marcada individualidad. Sabor, no receta pampera; acento, no dialecto nativo; color, no luz; universalismo con caracteres propios, no nacionalismo. Por eso, la influencia más fuerte y mejor asimilada en Ginastera, por encima de la de Stravinsky o la de Berg, es la de Bartók. El primitivismo y la fuerza elemental de lo popular llevados hasta la quintaesencia rítmica—de lo cual también asume responsabilidad *Le Sacre du Printemps*—, la revaloración del lirismo espontáneo de la música popular, la transición a primer plano de abundantes instrumentos de percusión—con toda su riqueza de matices y graduación sonora— son rasgos que acercan a Ginastera al compositor húngaro.

De abuelos paternos catalanes y abuelos maternos lombardos, Alberto Ginastera declaraba: "Me siento muy argentino y sin embargo digo que soy un hombre del Mediterráneo nacido en Buenos Aires". Casals hacía provenir "Ginastera" de "ginestra", retama de

flores amarillas que crece espontánea en la zona costera de Cataluña y se usaba para fabricar escobas. De todo eso hay en la seductora música de Ginastera: lo silvestre y lo rústico, y asimismo el cultivo más refinado, la expresión más profunda y universal. □

considerable la dilatada labor de secuenciar material genético, los científicos habrán localizado y seleccionado a lo largo de la doble hélice todos los genes humanos, de tal manera que estarán en posibilidades de cargar la totalidad del conjunto de instrucciones genéticas específicas de un ser humano en bases de datos electrónicas. La reproducción humana (no sólo engendrar, sino hacer crecer a los infantes) y el curso de nuestras vidas (las consecuencias en nuestros cuerpos de males como el cáncer) se verán seriamente afectadas por la nueva genética humana.

Y ahora, en medio del debate en los Estados Unidos sobre el ingreso de gays al ejército, Hamer da a conocer sus resultados en un artículo publicado por *Science*. Sin embargo, en un comentario inusual dentro de un artículo de investigación el grupo ha advertido sobre el probable uso deshonesto que puede hacerse de esta investigación a fin de intervenir y modificar una variación normal de la conducta humana. Pero, ¿qué es lo que se ha encontrado? Al parecer, un vínculo entre la orientación sexual de algunos hombres gay y una pequeña región del cromosoma X, el cromosoma que los hombres heredan de sus madres. Sin embargo, como sucede a menudo, no era este el motivo principal de su investigación. Hamer es la cabeza de un equipo que participa en la lucha contra el SIDA y ha declarado que el estudio forma parte de los esfuerzos del Instituto Nacional del Cáncer por identificar los factores genéticos que se hallan en los cánceres que a menudo aparecen en los gays infectados con el virus del SIDA. Luego de estudiar los antecedentes de 114 familias de hombres gays, Hamer y colaboradores encontraron que sus hermanos, tíos maternos y primos por vía materna tenían mayores probabilidades de ser homosexuales de lo que se hubiera esperado entre la población masculina en general. En algunas familias, el equipo logró rastrear parientes gays hasta en tres generaciones. Y puesto que en algunas familias los tíos y los primos homosexuales de los gays en estudio habían crecido en otros sitios, esto llevó a pensar a Hamer que la herencia podría estar detrás de su orientación sexual.

Si otros investigadores confirman el hallazgo, podría tratarse del primer gene importante relativo a la conducta que se localizara en un punto específico del

Paisaje de la ciencia Imago mundi

Carlos Chimal

¿CONOCIMIENTO AVENTURADO?

No deja de ser curioso y elocuente para el que esto escribe que mientras charlaba con los creadores de la biología molecular y la nueva genética, Dean Hamer y colaboradores (I. de Investigación del Cáncer en Bethesda) anunciaran los primeros resultados de su estudio sobre 114 familias de hombres gay. Como nos ha dicho Tom Wilkie, editor de la sección de ciencia del diario londinense *The Independent*, el clisé de nuestros tiempos (según el cual el ritmo de los cambios científicos y tecnológicos marca el paso del mundo) ha adquirido en menos de 70 años tres estados de una fuerza extraordinaria. Desde finales de los años 30, la fisión atómica, esa aparentemente oscura rama de la mecánica cuántica, ha afectado directa o indirectamente la vida de todos los seres vivos en la tierra. Incluso el más pobre de los campesinos en la más remota provincia china está implicado: si paga impuestos, debe contribuir cada vez con más para apoyar el desarrollo y fabricación de los armamentos nucleares de su patria; si es tan miserable que no puede pagar impuestos, entonces hay menos dinero para sacarlo de la miseria porque su suerte se ha ligado al costo del arsenal nuclear. Segundo, en los últimos 20 años el fino tratamiento del silicio ha dado como resultado el omnisciente chip, al que pocos han podido escapar.

Hoy estamos frente a una tercera y nueva puerta que promete abrirse para todos y cada uno de nuestros descendientes; al atravesarla, seremos afectados de la manera más íntima. Luego de décadas de ardua investigación, lo que parecía un mar de confusión y caminos disparados, la biología molecular, la química, la biología y la genética han encontrado un punto de convergencia. De pronto, dice Wilkie, los científicos han comprendido que no se encuentran en un claro dentro de la selva, sino en una verdadera cima, donde el paisaje comienza a tomar forma. Aunque cuando entrevisté a Sidney Brenner (persona clave en el esclarecimiento de la estructura del ADN, fue él quien descubrió el ARN mensajero y trabajó 20 años hombre con hombre con Francis Crick) y a Sir Aaron Klug (premio Nobel de Química por sus estudios sobre las diversas formas de enormes moléculas de interés para los seres vivos) ninguno de los dos se mostró particularmente eufórico por el momento que se está viviendo, sin duda como miembros de la comunidad científica ambos saben que ahora pueden abordar con cierta confianza uno de los grandes temas en su campo: aclarar el mensaje de la herencia humana. Probablemente en poco más de una década, y con la ayuda de robots como los que se construyen en el proyecto Labimap 2001, de cooperación alemana, francesa e inglesa, los cuales realizan a una velocidad

genoma humano, cosa que no ha sido posible lograr con la maniaco-depresión, la esquizofrenia o el alcoholismo. Algunas semanas antes, Max Perutz me había prevenido enfáticamente de los seudocientíficos que estaban publicando libros vacuados sobre las implicaciones de la investigación en genética y biología molecular. De hecho, yo ya había comprado uno, el de un tal Patrick Dixon, donde afirma que dentro de 30 años habrá pocos que no tengan el código genético de algunas de sus células reprogramadas, muy alejadas de su herencia natural. Steve Jones (quien sustenta la cátedra de Genética en el University College de Londres), en su reciente y magnífico libro *The Language of Genes* (Harper Collins, 1993) señala como una causa capital de la reticencia hacia la genética humana el que desde un principio haya sido expoliada por charlatanes, la mayoría dispuestos a dejar caer en cualquier instante el mazo de sus opiniones políticas. No ha faltado, pues, quien anunciara absurdos pedigríes que demostraban una criminalidad heredada o una raza genial. Muchos biólogos han promovido la idea de que es posible mejorar la raza humana mediante cultivos selectos o eliminando lo genéticamente indeseable. Se entiende que todos seremos, estamos siendo afectados, pero no de esa forma. Sería como afirmar que Hamer y colaboradores han encontrado un gene que provoca la homosexualidad. Y no es por lo que vendrá, sino por lo que es: dos de cada tres de nosotros moriremos por razones conectadas a los genes que llevamos dentro.

Ciertamente, durante los años 80 quedó bien establecido que los genes son cadenas de ADN que llevan las instrucciones para producir proteínas particulares, desde las que constituyen los músculos hasta hormonas como la insulina. Muchas enfermedades han sido detectadas en proteínas con estructuras anormales, producto de errores o mutaciones correspondientes en el ADN. Los científicos han hallado muchos de estos genes mutados, como el responsable de la cistifibrosis, y han determinado las secuencias unitarias en el ADN mutado. Esto permite identificar las unidades que transportan genes anormales. De esta manera, una pareja que va a dar a luz un bebé afectado puede optar por el aborto, o en ciertos casos una mujer puede recibir un feto que con toda seguridad

no lleva un gene defectuoso. La ingeniería genética también permite transferir genes deseables de un tipo de célula a otra y clonarlos. Esto ha dado como resultado fármacos como la hormona del crecimiento humano y el que algunas vacunas se fabriquen con mayor seguridad que antes. Si la ciencia puede aprender a deletrear "cistifibrosis", ¿por qué no intentar saber cómo se deletrea "humano"? Tales aplicaciones prácticas y perspectivas ilustran la influencia que la genética molecular está teniendo en muchos otros campos, lo cual despierta inquietudes, algunas de ellas sin duda del todo válidas.

En julio, una Comisión Real recomendó en Londres el establecimiento de un banco de datos con los perfiles de ADN de todas las personas arrestadas por graves actos; la suerte del zar Nicolás II y su familia ha sido prácticamente desentrañada luego del análisis que médicos forenses británicos llevaron a cabo en los huesos hallados en Ekaterinburgo; tal vez dentro de tres años, Astrid, el primero de los 37 cerdos transgénicos que llevan genes funcionales humanos, esté en posibilidades de donar su corazón, pulmones o páncreas a una persona necesitada sin el peligro de rechazo que provoca nuestro sistema inmune. En París, Eric Favereau (*Libération*) ha recogido las voces de recelo de científicos y comunidades gay frente al hallazgo de Hamer y colaboradores. Susan Katz Miller (*New Scientist*) cita a Evan Balaban (Harvard) y a Anne Fausto-Sterling (Brown), quienes señalan que el estudio suponía que había una proporción mayor de lo normal de gays entre los parientes maternos de los hombres estudiados. Pero estaba basado en el supuesto de que el 2% de la población general es gay, cifra que ha sido muy discutida. Si la cifra es, digamos, 4%, algunos de los hallazgos que reporta el estudio perderían su valor estadístico. Además, como lo ha escrito James Fenton en *The Independent*, el asunto no está en los genes, está en nuestra cultura.

Hay, como siempre, dos catalejos. Uno mira el proyecto del genoma humano (el mapa y análisis de cada uno de los genes que se hallan contenidos en la doble hélice de nuestro ADN) como algo audaz, pero con confianza: el proyecto revelará una nueva anatomía humana; como Vesalio, suministrará un nuevo atlas que transformará la labor de

los médicos y mitigará el sufrimiento humano en el siglo venidero. Otros piensan que estamos gestando un nuevo mundo y lo conciben habitado por Franksteins y desfigurado por una nueva eugenesia.

No puede negarse, sin embargo, que el reduccionismo genético se manifiesta con igual o mayor fuerza que el de la física de altas energías. Para Tom Wilkie, somos nosotros, los legos, y no los profesionales quienes debemos regular este nuevo conocimiento y sus aplicaciones tecnológicas. Para ello tenemos que trascender el punto de vista de muchos genetistas y recordar que los seres humanos somos más que simples vehículos transmisores de información genética de una generación a otra, y que la vida humana es algo más que la expresión de un programa electrónico escrito en el lenguaje bioquímico del ADN. Si estamos empezando a descubrir lo que significa verdaderamente el sexo, por qué envejecemos y morimos, y cómo la naturaleza y la manera como somos criados se combinan para hacer de nosotros lo que somos, es indispensable que el público comprenda cada uno de los pasos que habrán de darse.

MÍTICO FERMAT

Los rumores comenzaron a aparecer el miércoles 23 de junio por la red del correo electrónico procedentes de todo el mundo. Junto con Benjamín Macías, investigador del laboratorio de Computación de la Universidad de Cambridge, estuvimos navegando por una larga retahíla de comentarios. En una de las sesiones del Instituto Isaac Newton, un grupo de matemáticos de muchos países estaba listo para reunirse el jueves a fin de terminar de mirar y escuchar la conferencia de Andrew Wiles, matemático británico en la U. de Princeton, cuyo corolario sería una prueba del último teorema de Fermat. "Lo va hacer", decían entusiasmados (al menos eso supongo, pues las pantallas no permiten aún expresar tan vívidamente las emociones excepto si van acompañadas por ¡) sus colegas en California; desde la India alguien preguntaba a qué horas comenzarían a descorchar. A reserva de que los especialistas verifiquen los detalles técnicos del procedimiento, todo mundo cree que Wiles ha logrado encontrar después de 350 años una solución a esta

conjetura de Fermat, asunto que ha fascinado a los más brillantes matemáticos del periodo.

Un siglo antes que Newton, Pierre de Fermat (1601-1665) había resuelto muchas ideas básicas del cálculo. Dedicó su vida a las leyes, aunque su pasión eran las matemáticas, en particular la teoría de números, rama que trata de las propiedades de los números enteros; como dijo a *Vuelta* el matemático francés Michel Demazure, director del Palais de la Découverte, se trata de un campo difícil dada la gran cantidad de conjeturas que permite y la escasa posibilidad de hallar evidencias cabales o pruebas ciertas para las series numéricas. Este último teorema, llamado así porque de todas sus afirmaciones ésta era la única que hasta ahora nadie había podido demostrar o refutar, dice que no existen números enteros, excepto $n = 2$, que satisfagan la ecuación $x^n + y^n = z^n$, donde x, y y z pueden ser cualquier entero mayor que cero. Los antiguos griegos sabían que hay un número infinito de triples pitagóricos, es decir, números enteros que pueden formar los lados de un triángulo rectángulo. El teorema de Pitágoras nos dice que números como x, y y z deben satisfacer la ecuación $x^2 + y^2 = z^2$. Ejemplos comunes son $3^2 + 4^2 = 5^2$ y $5^2 + 12^2 = 13^2$. Fermat se preguntó si esta misma relación podría ocurrir con cubos, cuartas potencias y así sucesivamente. Convencido de que era imposible, anotó al margen de su copia de un antiguo tratado de ecuaciones, la *Aritmética de Diofanto*: "No es posible resolver un cubo como la suma de dos cubos, una cuarta potencia como la suma de dos cuartas potencias o, en general, cualquier potencia mayor que la segunda como dos de la misma clase; de ello he encontrado una prueba por demás notable. Pero este margen es demasiado estrecho para contenerla". Tal prueba nunca se encontró. Como quiera que sea, lo que Fermat estaba afirmando era, como he dicho antes, que la ecuación $x^n + y^n = z^n$ no tiene soluciones enteras cuando n es igual o mayor que 3, excepto una solución trivial en la que x, y o z sean cero. Durante todos estos 350 años dicha conjetura no ha sido más que una curiosidad histórica, sin una utilidad directa fuera de las matemáticas puras, y tal vez por ello mismo ha sido una cuestión simple que los matemáticos no han podido resistir.

¿Por qué dedican tantas horas a esta y otras conjeturas, que ninguna aplicación tienen?, le pregunté a Simon Schaffer (U. de Cambridge), uno de los jóvenes filósofos de la ciencia más distinguidos.

"En primer lugar, las disciplinas adquieren cohesión porque comparten mitos. Este último teorema de Fermat es un mito hermoso. Por una parte, ha congado a decenas de estudiantes y matemáticos aquí, en Cambridge, quienes han pasado una semana tratando de demostrar simplemente una conjetura. Todos ellos comparten un valor. Por otra parte, estrictamente hablando, Fermat no fue un matemático ya que nunca publicó. Todo lo que hizo fue anotar al margen una copia de la *Aritmética de*

Diofanto. Nunca fue una figura pública. He ahí, pues, toda una estructura mítica en la que hay un gran respeto por la historia, un enorme respeto por el pasado. La conservación de objetos sagrados, como este teorema, es algo por lo que vale la pena permanecer dentro de la colectividad; es un símbolo de resistencia lo que les impide perecer.

"En segundo lugar, nos enseña cuán segura puede ser una prueba, demostrar es siempre un acto que otorga confianza a la comunidad. Términos como 'prueba' o 'descubrimiento' se emplean en retrospectiva para celebrar piezas, obras colectivas; no se trata de esfuerzos individuales, sino de conquistas colectivas". □

Buzón de fantasmas De Artemio de Valle-Arizpe a Ermilo Abreu Gómez

Esta carta, que debo a la generosidad de Juana Inés Abreu, demuestra cuán certero fue Ramón López Velarde al asegurar que don Artemio fincaba "el noventa y cuatro por ciento de sus pasiones en el jugo gástrico". La carta, que relata un episodio sobre la estancia del cervantista Paul Hazard en tierras del norte mexicano, resulta asaz comprometedor. El "arcbicúbico Paul Hazard —como lo llamaba Bataillon—, comparatista literario de El Colegio de Francia, director de la Revue de Littérature Comparée, pertenecía al grupo de amigos franceses de Alfonso Reyes que solían viajar a la América Española a impartir cursos y conferencias. En uno de esos viajes conoció a don Artemio y, por su culpa, se arriesgó a la aventura que a continuación se narra. Lamentamos que, gracias a la carta, pueda concluirse que Hazard, quien murió poco después, parece haberlo becho a causa de un potosino queso de tuna.

G. S.

Saltillo, a 11 de octubre de 1928

Señor Don E. Abreu Gómez:
México;

Estimado amigo:

Aquí me tiene en la santa paz de esta tierra mía y si alguna vez, que me dicen, estuve muy enfermo del estómago, ahora no me acuerdo ya de esos achaques en lo absoluto con los sabrosos comestibles que despacho como si tal cosa. Si antes, con sólo oír mentar ciertos guisotes, pedía carbonato o sal de frutas, hoy por hoy me los empacho bonitamente y no creo ya en indigestiones ni en cólicos. Estoy seguro que si me tragara un par de peñascos, un tronco de árbol, un helado de Sanborn's y un puñado de estopa, haría la digestión como si fuese una somera cucharadita de leche pasteurizada. Creo que podría digerir hasta la Margarita de niebla si tuviese el valor de apencar con ella.

Hice el viaje con el famoso Paul Hazard

que venía encantado de México y muy maravillado de que hubiese tantísima gente que entendiese francés. El ingenio señor juzga eso por las innumerables personas que se le apeñuscaban en el paraninfo, cuando sus conferencias, creyendo que todas lo entendían como si hablara en español corriente y moliente, y no sabe que más de la mitad iba únicamente para que se creyera que hablaban galo, cuando en rigor no entendían de la misa la media y sólo estaban atentos a los franceses que reían por ahí para hacer los mismos aspavientos que ellos, se sonreían, soltaban en el acto la risa a casquillo quitado para luego salir diciendo que el señor Hazard era de lo más ingenioso y que si la gracia de Francia por aquí, y que si la sal de Lutecia por allá. Yo no saqué a Hazard de la duda y con eso vamos ganando en su opinión los mexicanos. Él sí que habla el español perfectamente.

En la estación de San Luis le regalé un enorme queso de tuna, de esos que allí llaman adoberas, y el buen señor se lo zampó en menos de lo que tardaría un clérigo loco en santiguarse. Los efectos fulminantes, y aún explosivos, del queso no se hicieron esperar, y el erudito varón se pasó todo el día en acelerado ir y venir. En la tarde estaba escualido como la Dama de las Camelias en el tercer acto. ¡Milagro fue que no se licuara el venerable sabio! Cuando llegamos a Saltillo el infeliz iba con escalofrío y se enredó al pescuezo un rebozo, presente de su colega el Tomticojo Pruneda. Se despidió de mí todo lánguido, con voz delgadísima y ojos de insomnio.

Ya me he enterado de las importantes conferencias de [Américo] Castro. ¡Bien que habrá usted gozado con ellas! Yo estoy dado, por ahora, a los místicos españoles y tal afición he tomado al regalo que ya no puedo pasarme sin él durante largas horas del día, y aún de la noche. Me encantan no sólo por la senda luminosa que abren ante mis ojos, sino porque en el estilo encuentro un cierto empaque aristocrático, embeleso del espíritu.

Recibí el folleto que me envió de la señorita [Dorothy] Schons. Gracias.

Yo estaré aquí todo el mes; a principio del entrante nos iremos por allí. Salúdeme a Castro. Cuando pueda, sáquele usted por allí para que se dé bien cuenta de lo que es México. ¿Fueron a Puebla? Haga por ir a Tepetzotlán, le encantará,

pero que no lea ¡no!, la guía enmarañada de Heliodoro Valle sobre lugar tan estupendo.

Saludos a Jiménez que andará negro en la defensa del Negro. Saludos afectuosos a los señores Villaurrutia y Novo y usted recíbalos en un abrazo de su amigo y s.s.q.c.d.m.

Artemio de Valle - Arizpe □

Carta de Guadalajara De méritos y deudas pendientes

Juan José Doñán, Jorge Esquinca,
Juan Palomar Vereá, María Palomar

Un reciente paseo por tierras michoacanas dio pie para, una vez más, experimentar un delicioso *dépayement* obtenido merced a un desplazamiento espacial sorprendentemente corto. La riqueza de paisajes y tipologías humanas que ese estado ofrece es siempre pasmosa. Es conmovedor descubrir la omnipresente huella de Vasco de Quiroga, aún fresca después de cuatro siglos, y más conmovedor resulta encontrar, en carne viva, la herencia milenaria de la etnia purépecha y su suave talante laborioso que resiste con sabiduría y gracia a la creciente vulgaridad de esta parda y vociferante "modernización" que los medios de comunicación mercadean sin pausa. Olores, texturas, formas y brillos poco a poco se pierden ante la avalancha de baratijas producidas en serie.

A las orillas del lago de Pátzcuaro, por la carretera vecinal, la procesión de una boda interrumpe el tránsito. Los novios, impávidos y solemnes, pasan al frente del cortejo. Atrás, las mujeres mayores bailan al compás de la estridencia de la banda del pueblo. Pero observándolas con más cuidado, se puede comprobar que atienden a otra cadencia, que un más alto y antiguo ritmo es el que marca sus pasos. Con un gesto —al mismo tiempo dádiva magnífica y sorna impenetrable—, dispensan el paso a los turistas atrapados en su azoro a mitad de la caravana nupcial. El regreso de las tierras altas del país michoacano, bordeando la Sierra del Tigre, mientras el camino descende hacia la laguna de Chapala, es

uno de los más hermosos recorridos del occidente mexicano. Sobre la superficie del lago tranquilo, las sombras de las nubes del verano trazan sus prodigios, venturosos derroteros.

• Por estos días nos felicitamos los jaliscienses de un pequeño triunfo de la civilidad sobre la barbarie: como se había vaticinado en una pasada entrega, comienza a prevalecer la sensatez y, por lo pronto, San Gabriel (durante mucho tiempo *affublé* con el insípido *alias* de Venustiano Carranza) recuperó, gracias a un decreto del Congreso del estado, su nombre legítimo. Pueden ya descansar en paz Juan Ruflo y Blas Galindo, pues su patria es otra vez reconocible en la geografía del sur de Jalisco. Es de esperar que con esta victoria cobren ánimos las otras incontables víctimas de los atropellos al patrimonio de nuestra toponimia. Ojalá Juan José Arreola prosiga su campaña por rescatar a Zapotlán el Grande y, de paso, con ello apacigüe los manes del irascible José Clemente Orozco y tantos otros coterráneos, ilustres o no.

• Dicen que en Cuba su libro más popular sigue siendo *En la calzada de Jesús del Monte* (1949). Dicen que es un poeta católico y que su celebridad le ha sido conveniente. Lo cierto es que la poesía de Eliseo Diego está más allá de las fáciles clasificaciones. Francisco Hernández ha escrito: "Cuando Eliseo Diego lee poemas en español, la alegría es una pequeña isla en tierra firme". Esta felicidad la

compartimos al saber que se le ha otorgado el premio Juan Rulfo. Y es que no hay poco que aprender de la mirada siempre nueva que Eliseo despliega sobre las cosas. Su sencillez, su perseverancia, su claridad son virtudes que toman cuerpo en poemas que compartimos y hacemos nuestros cada día, lejos de todo comercio, inscritos en el país de la confianza.

Merece también aunque sea unos renglones el Eliseo Diego traductor, que —como tantos otros grandes escritores— no duda en suspender por un instante la voz propia para convertirse en instrumento ajeno: en el humilde demiurgo ancilar. Su *Conversación con los difuntos*, por ejemplo, es un monumento a las recónditas pero armoniosas correspondencias entre la lengua inglesa y la española, entre sombras señeras de lejanas tierras y el poeta caribeño, auténtico *medium* que nos devuelve aquellas resonancias a través de lo que sólo puede calificarse como a *labour of love*.

• El agradecible artículo de Gabriel Zaid acerca de *La Jeune Belgique* (Vuelta 200), que retoma el hilo de sus reflexiones alrededor de la cultura católica en este país, apunta hacia la urgencia de rescatar del olvido un discurso negado, casi obliterado por largo tiempo, pero en realidad determinante para la historia mexicana. Entre las muchas deudas con nosotros mismos que el pensamiento nacional debe resarcir está la de reconocer el sitio que les corresponde a los grandes intelectuales jesuitas del siglo XVIII. Gracias a las gestiones de Agustín Yáñez —durante su desempeño como secretario de Educación— se logró devolver a su patria los restos del padre Clavijero, que descansan en la Rotonda de los Hombres Ilustres de la capital. Pero aún están en Colonia, en total incuria en la cripta de la ex iglesia de Santa Lucía —profanada por las tropas napoleónicas y nunca restituida al culto—, los despojos del tapatío Andrés Cavo, del veracruzano Francisco Javier Alegre, del michoacano —de Jiquilpan— Diego José Abad. Hora es ya, cuando por fin las aguas han vuelto al parecer a su nivel, de consumir un acto que, por simbólico que sea, contribuirá a la necesaria reconciliación de los mexicanos consigo mismos.

• A principios de la década pasada y ante la virtual inexistencia de editores

locales, los entonces jóvenes escritores comenzaron a reunirse para, luego de reunir los dineros, dar con una salida impresa a sus diversos materiales. El ejemplo cundió y pronto comenzaron a circular folletos, revistas, *plaquettes* y una gran variedad de publicaciones marginales de vida casi siempre efímera. No fue así el caso de Cuaderno Breve o Cuarto Menguante —para mencionar sólo dos de las editoriales que lograron capotear el recio temporal de la inflación. La primera, encabezada por Javier Ramírez, rebasó la decena de títulos (incluyendo algunas reimpresiones) que en un formato modesto y diseñados con sobriedad hacían juego con el nombre de la editorial. La consigna era sacar el mayor partido de los magros recursos y resolver los problemas con imaginación y buen gusto.

Ahora, muchos años después, el mismo Ramírez emprende otra aventura editorial que ha causado admiración entre propios y extraños. Los cinco primeros libros de *Toque, colección de poesía*, llaman la atención a simple vista. Cada uno de ellos —con un tiraje de trescientos ejemplares numerados— lleva una hermosa portada diseñada por Porfirio Torres (*Postof*) y ha sido impreso a mano en serigrafía, bajo la vigilancia de Miguel Ángel Hernández y los integrantes de Grafisma, el taller tapatío que ha dado cobijo al proyecto. Los títulos, *Oficiantes de carnaval* de Carla Gómez Jones, *Confesión del fugitivo*, de Jesús de Loza Paiz, *Borrar los nombres* de Ricardo Castillo, *Polvos del antiamor* de Hernández y *Agua en plan de luz* del propio Ramírez, conforman una primera tanda que se ha vendido, casi en su totalidad, por suscripción. La apuesta de reunir —con elegancia, con generosidad— a la poesía y las artes gráficas ha tenido una respuesta inmediata y eficaz: los lectores buscan este *Toque* que circula de boca en boca y que cuenta con los recursos y el entusiasmo para anunciar una próxima tanda compuesta por cinco nuevos títulos. Los autores —Rubén Bonifaz Nuño, David Huerta, Vicente Quirarte, José Francisco Conde y Jorge Esquinca— están de plácemes.

• El de Ramón Rubín es un caso para reflexionar. Narrador nato si los hay, viajero que como pocos conoce la geografía de este país y los mares de éstas y otras latitudes, escritor caudaloso (su

bibliografía comprende más de cuarenta títulos) y de un amplísimo registro temático, Rubín ha sido un autor insuficientemente atendido, no obstante ser la suya una narrativa de una riqueza poco común.

En varias ocasiones Agustín Yáñez habló de un ambicioso proyecto literario, al cual respondía toda su obra: hacer un retrato de nuestro país y “describir y desentrañar hasta donde me sea posible los problemas de México”. Sin haberse-lo impuesto expresamente como tarea, Ramón Rubín está más cerca de este propósito que el mismo Yáñez, pues ha incursionado en ámbitos nacionales por los que jamás se aventuró el autor de *Al filo del agua*. Dos son los más notables: el mundo indígena con su gran variedad de etnias y el ambiente marino, uno de los filones de los que no ha sabido aprovecharse la narrativa mexicana.

Originario de Mazatlán, Sinaloa, y avecinado en Jalisco desde hace medio siglo, a sus 81 años Rubín se mantiene fiel a sí mismo, empeñado en una obra monumental que sigue creciendo, una obra que, como decía Juan Rulfo, “no le pone obstáculos al lector”.

Con cerca de veinte novelas y varios centenares de cuentos, la de Rubín es una narrativa poderosa que da cuenta de los desheredados de este país, que enfrentan su suerte como algo inevitable, a veces con buen humor y casi siempre sin demasiados aspavientos. □



Germaine Richier. Foto de Brassai

Carta de Copilco El fax

Guillermo Sheridan

Hace poco tiempo recibí un fax que contestarlo cuidadosamente. Dice así:
reproduzco a continuación para luego

from p 1

COMITÉ EJECUTIVO NACIONAL

México, D. F., a 23 de abril, 1993

C. Guillermo Sheridan Prieto
P R E S E N T E.

Por este conducto me permito enviarle un saludo y a la vez informarle que he sido nombrada Directora de la Escuela Nacional de Cuadros del Comité Ejecutivo Nacional del P.R.I., en donde quedo a sus órdenes en:
Av. Insurgentes Norte No. 59
Edif. 1 - 5to. Piso
Col. Buenavista
Deleg. Chauhémoc
06359 México, D. F.

Con los siguientes teléfonos:

546 80 20, 546 97 83 y
709 43 44 exts. 1500 y 1517.

Así mismo le comunico que sigo a su disposición como Presidenta de la Comisión de Información, Gestoría y Quejas de la H. Cámara de Diputados.

Sin más por el momento, quedo como su segura servidora.

A T E N T A M E N T E

Dip. Ma. Esther Scherman Leño.

PRI
AVANZA

a pesar de que, como es obvio, es una persona sumamente atareada.

Aclaradas estas cuestiones, procedo a redactar una contestación pública.

from

p 1

México, D. F., a 30 de agosto de 1993
C. Ma. Esther Scherman Leño
P R E S E N T E

No sé si sea de mala educación hacer público un documento privado. Tampoco sé si éste sea un documento privado: al llegar al fax al instituto donde trabajo pasó por varias manos antes de llegar a las mías (que también las tengo). Desde que llegó el fax, a la estima que mi persona le merece a algunos empleados y colegas le ha sucedido una de dos cosas: ha disminuido radicalmente o ha aumentado radicalmente (una secretaria que es conocida como La Gordis, por ejemplo, me pidió poco después de que llegó que intercediera por un su hermano que se halla cesante).

En todo caso, en tanto que usted es la presidenta de la información, de la gestoría y de las quejas, que yo haga público el fax no obedece a otro interés que al suyo mismo: el de servir como información, como gestoría o como queja.

Me gustaría saber, para empezar, cómo le hizo para saber que soy ciudadano, que estoy presente, mi segundo apellido, dónde trabajo y cuál es el número del fax. Me sorprende la idea de que mi humilde persona posea una vida ajena, o paralela, a la mía propia. Es decir, que exista quien lleve el registro de lo que soy y lo que hago y que, cuando estoy dando clase, o esperando una pesera, escriba en mi expediente: "contestó públicamente un fax de la Dip. Scherman", o bien: "tuvo el mal gusto de comer en Fuddruckers". Lo que quiero decir, en suma, es que me resulta fantástico, y hasta orwelliano, que por razones completamente oscuras para mí, ordene usted que me manden un fax y que tenga toda la información sobre mí (lo que por otra parte explica que sea usted la jefa de la información y que yo sea el ciudadano). Me imagino la escena: usted le dice a su secretaria: "Sería bueno avisarle al ciudadano Sheridan que estoy a sus órdenes". La secretaria toma nota y luego aprieta un botón en una pantalla y aparecen mis datos generales, debidamente declinados. Pero ¿quién y

Considero pertinente aclarar dos puntos: primero: no tengo la más remota idea sobre por qué me llegó este fax. Segundo: no tengo el gusto de conocer a

la Dip. Ma. Esther Scherman Leño, pero debo reconocer que se trata de una persona muy atenta que manda faxes a los ciudadanos para ponerse a sus órdenes

por qué puso mis datos en la pantalla? ¿Debo sentirme halagado por tanta eficiencia o, más bien, amedrentado por tanta eficiencia?

Por otro lado, me gustaría también saber si la frase "quedo a sus órdenes" es en serio, es en serio en serio, o sólo es una fórmula de cortesía. También me gustaría saber, si es posible, quién y por qué la nombró Directora de la Escuela Nacional de Cuadros del Comité Ejecutivo Nacional del PRI; si cuando la nombraron sintió bonito o feo; si no le resulta una excesiva carga de trabajo siendo como es también Presidenta de la Comisión de Información, Gestoría y Quejas de la H. Cámara de Diputados. También me gustaría saber cómo van las cosas en esa Escuela Nacional de Cuadros, para qué sirven esos cuadros, si están aprendiendo lo que deben aprender, cuándo se gradúan, si hay también una escuela de bolas y de paralelepípedos, cuáles son sus materias, cuánto le pagan a los maestros, etc. (Esto lo pregunto porque, como usted seguramente ya sabe, soy maestro en la UNAM y quizá podría darle a los cuadros algún seminario de especialización, p. ej. "Cuántos lados tiene un cuadro", con objeto de completar mi presupuesto.) En todo caso la felicito calurosamente por haber sido honrada con ese importante cargo y estoy seguro de que los cuadros nunca han estado en mejores manos.

Reconozco mi ignorancia: tampoco sabía que existiera una Comisión de Información, Gestoría y Quejas de la Cámara de Diputados. En un país como el nuestro debe ser apasionante, si no informar, sí gestionar y quejar. Las gestorías y las quejas que tramita esa Comisión ¿son así, como quien dice, gestorías y quejas en general, o sólo en particular? A guisa de ejemplo: ¿si yo tengo una queja, una gestión o un gesto, lo debo llevar a esa Comisión, para que se le dé debido trámite ante las instancias adecuadas? Quiero decir, ¿la información es la que genera la H. Cámara de Diputados y la Comisión se limita a transmitirla a alguien, o bien es la que genera alguien y la Comisión la transmite a la H. Cámara? ¿Y qué quiere decir la inicial "H" antepuesta al sustantivo "Cámara"? Y si no es sustantivo ¿qué es? Otro tanto podría decirse de las quejas. ¿Son las que tiene la H. Cámara respecto del país? ¿O las que el país tiene respecto a la H. Cámara, el CEN del PRI o los Cuadros? ¿O las

quejas que el país tiene respecto de sí mismo? Y cuando llega algo a esa Comisión, ¿usted es la encargada de saber si es información, gestión o queja? ¿Cómo diferenciar una de las otras? Por ejemplo, en un problema que tenemos por acá algunos colegas de la Universidad —usted sabe, cosas de sueldos, estímulos, fugas de cerebros y eso—, ¿nos podría ayudar su Comisión para saber si lo que nos pasa es información, gestoría

o queja? Y en caso de que sea queja, que es lo que sostienen algunos, ¿ante quién podemos gestar para que proceda a convertirse en gestión y, si es posible, en información?

Por último, me gustaría saber si eso de que el "PRI AVANZA" es en serio, o es en serio en serio, o es solamente una fórmula de cortesía. □

ATENAMENTE.
[rúbrica]

Vuelta publicará

Salvador Elizondo
Juan Rulfo

Guillermo Cabrera Infante
Guantanameras

Javier Marías
El médico nocturno

Álvaro Pombo
*Avatar con peripecia de la reaparecida
pitillera preferida de Su Alteza Imperial
la Archiduquesa Olga Alejandrovna*

Guillermo Carnero
De Pulgarcito a Luis XIV

José Ángel Valente
Poesía y exilio

Jean Schuster
Antonin Artaud y los tarabumaras

Isaiah Berlin
Las metas de la filosofía

François Furet
Sobre la desaparición de la URSS

Danubio Torres Fierro
Entrevista con François Furet